EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA CASA DE BAÑOS

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1893

LA CASA DE BAÑOS

LA CASA DE BAÑOS

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON ENRIQUE GASPAR

Estrenado en el TEATRO LARA, la noche del 24 de Noviembre de 1893.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1893

PERSONAJES		ACTORES
TÁRSILA	Sra.	Valverde.
NENAY	Srta.	Blanco.
MARCELINA	Sra.	Pino.
LUISA	Srta.	Riaza.
AMPARO	Sra.	Mavillard.
CANUTO	Sr.	Rossell.
SEVERINO, coronel de caballería	»	Ruiz de Arana.
VIRGILIO	»	Larra.
FELIPE	»	Ramírez.
LEÓN	»	Tamarit.
EL PADRE RUPERTO, capellán de regimiento / VICENTE	»	Santiago.
QUICO	»	Soto.
URQUIJO, capitán ayudante	»	Gonzálvez.
MOLINA, capitán	»	Florit.
RUIZ, teniente	»	Manchón.

Oficiales y Bañistas.

Derecha é izquierda, las del actor.

AL EXCMO. SEÑOR

DON VICENTE RIVA PALACIO

ENVIADO EXTRAORDINARIO Y MINISTRO PLENIPOTENCIARIO
DE LOS ESTADOS UNIDOS DE MÉJICO, EN MADRID

dedica con cariño esta obra, su amigo muy devoto y admirador de su talento,

Enrique Gaspar.

ACTO PRIMERO

Los Baños de Oriente, formados por un patio semicircular, rodeado de un peristilo con columnas de estilo árabe, pequeñas y delgadas sobre montadas de arcos. A cada lado de la escena, cuatro cuartos, con los números cuatro á siete, los de la derecha del actor; y ocho á once los de la izquierda. En cada intersticio una percha de dos brazos. Los números cuatro y once, que están situados en primer término, dejan ver al público el interior con sus pilas de mármol y demás accesorios. Ambos tienen puertas de comunicación con los cuartos cinco y diez respectivamente. Delante del cuarto número once, una mesita con periódicos ilustrados. En el centro del foro, la puerta de entrada, dando sobre un pasillo. A la izquierda, la Caja ó mostrador. A la derecha, sobre el muro, barómetros, termómetros y reloj de pared. Banquetas y sillas. Cubierta de cristales.

ESCENA PRIMERA

VICENTE, en el mostrador, cobrando de UN BAÑISTA, que se va despues de tomar la vuelta. En el cuarto número once, UN CABALLERO, acabando de vestirse, se atusa el pelo. En la escena UNA SEÑORA, sentada, que entra en el cuarto número seis, cuando la llamen. VIRGILIO y LUISA, esperan su turno sentados. FELIPE, con uniforme de soldado de caballeria, se mantiene de pie á espaldas de Virgilio, á fin de poder hacerle señas á Luisa. AMPARO y QUICO, hacen el servicio de los baños, entrando y sacando ropa.

VIC. Una cincuenta, de baño y jabón, y cincuenta, hacen las dos pesetas. (Dándole al cliente media peseta, que aquel,

después de sonarla, le devuelve.) ¡Qué! ¿No le gusta á usted? (Poniéndose los quevedos y mirando la moneda.) Efectivamente, es de nikel. ¡Pues no sé quién me la puede haber dado, porque tengo un ojo...! Yo he estado de Cajero en la República Argentina; ¡figúrese usted si conoceré la plata! (Dándole otra.) Vamos, esta es buena. (Plomo puro.) Que usted lo pase bien. (Vase el cliente.) No te llevas mal balazo en el bolsillo.

LUISA. (Al ver que Felipe le enseña una carta.) (¡Imprudente! Le va á sorprender papá.)

FELIPE. (Ya ha visto la carta.)

QUICO. (Saliendo de preparar el cuarto número seis.) Otro.

VIC. ¿A quién le toca?

QUICO. Me *parese* que es á esta *agüela*. (Hablando con acento valenciano y refiriéndose á la señora, que hace un movimiento de indignación.

VIC. ¡Abencerraje!

QUICO. ¡*Oy*! ¡Don *Visente*; pues si *parese* una *higa* del *pesonito!* (Vase á preparar el cuarto número diez.)

VIC. Usted dispense, señora. Es nuevo en la casa y viene de arar, á donde le mandaremos mañana con ascenso; es decir, delante del arado. Cuando usted guste, es su turno. (La señora entra en el cuarto número seis.)

VIRG. Y á nosotros, don Vicente, ¿cuándo nos toca la vez?

VIC. En seguida, don Virgilio; pero hoy, con la desgracia de Pascual, esta casa...

VIRG. ¿Qué le ha pasado?

VIC. Está sin brazo derecho.

VIRG. ¿Se ha quedado manco?

LUISA. ¡Pobre chico!

VIC. No; es la casa la que no funciona bien. Se le ha reventado un pistón...

VIRG. ¿A la caldera?

LUISA. ¡Ay! Vámonos.

VIC. No; á Pascual, cazando ayer, en un ojo.

VIRG. ¿Cazando ayer en un ojo? ¡Por Dios, hable usted con propiedad.

VIC. Usted, como catedrático de Psicología, Lógica y Ética, puede destilar el lenguaje, señor Coronel; pero yo, dueño de estos baños, tengo que hablar á chorros. (Si por alguien me alegro de haber cedido el establecimiento, es por este posma.)

FELIPE. (Haciendo señas á Luisa.) (Ahora que mira. La carta aquí. (Metiendo en el forro del casco la que enseñó antes.) Y el casco en la percha.) (Colgándole en uno de los brazos de la patera correspondiente al cuarto número once.)

LUISA. (Me escribe; hoy es su turno. ¡Y cuánto mejor le sienta el uniforme que la beca de seminarista!

AMP. (Saliendo del cuarto número siete, y hablando con acento valenciano. ¡Señorita, ya lo tiene *ustet* á punto.

LUISA. ¿No está muy caliente?

AMP. ¿Para qué? En *estíu* y á los *diesisiete* años, eso arruga la piel. Está como una rosa. En cuanto se meta *ustet* en el agua, verá *ustet* qué fresco se le pone el...

VIC. (Sin dejarla acabar la frase.) ¡El cútis! (¡Me dan un miedo estas gentes sencillas!...) Anda, Amparo; prepárale el nueve á este señor militar. (Amparo entra en el cuarto número nueve.)

VIRG. ¿Y para mí, nunca?

VIC. Al momento. Y bien, Quico: ¿no acabas?

LUISA. Pues ea, papá; hasta luégo.

VIRG. Que no te estés mucho. En cuanto se te arruguen las yemas...

LUISA. Sí... ¡Ah! Que me avises así que concluyas, si no salgo yo antes, que haré por salir. (Con intención, mirando á Felipe.)

FELIPE. (¡Qué mona!)

LUISA. Vaya... ¡Adiós! (Virgilio, al ver que Luisa le habla sin mirarle, vuelve la cabeza y sorprende á Felipe diciéndole adiós á la muchacha con la mano que, poco á poco, va acercándose á las narices, hasta concluir por rascárselas para disimular.) (¡Torpe!)

VIRG. (Aunque te rasques, no me harás creer que te pica.)

FELIPE. (Me pilló.) (Toma un periódico y se sienta á la mesa haciendo como que lee.)

VIRG. Luisa: como hay algunos jóvenes, sin vocación eclesiástica, que buscan un pretexto en el amor para abandonar la carrera, no te dije nada hace unos meses cuando sorprendí á un seminarista que, desde el banco contiguo al nuestro, te dirigía en las alameditas de Serranos, miradas impropias de su condición, mientras fingía leer su libro de oraciones.

LUISA. Te lo figurarías tú.

VIRG. No, señor; lo tenia del revés.

LUISA. No reparé...

VIRG. Pero ahora no se trata de un colegial, sino de un soldado.

LUISA. (¡Si supiera que es el mismo que ha colgado los hábitos por mí!)

VIRG. Y de un soldado que no te parece costal de paja.

LUISA. ¡Cómo! ¿Tú supones...?

VIRG. Yo no supongo más, si no que todos los días me llevas al camino del Grao, para pasar por delante de los cuarteles, porque dices que es muy sano el olor de cuadra.

LUISA. A mí me prueba mucho.

VIRG. Y por eso, sin duda, la otra tarde en la parada, perdimos el desfile, por empeñarte en que nos colocásemos detrás de la caballería...

LUISA. Yo creí que iban á dar la vuelta.

VIRG. Y la vuelta me la hizo dar á mí áquel potro que se espantó.

LUISA. Buen susto me diste.

VIRG. Pues por lo visto tenía dos; el que te dí y otro que me llevé yo á casa. En fin, lo más grave no es eso, sino que cada mañana, á la misma hora que nosotros, hemos de encontrarnos aquí á ese militar.

LUISA. Puede que esté de guardia.

VIRG. Puede; pero mira, tu padre no es santo, y seña no te hace otra él á tí sin que yo le rompa el bautismo.

LUISA. ¡Papá!...

VIRG. Date por prevenida. Tú sabes que soy pacífico, pero cuando me desbordo...

QUICO. (Saliendo del cuarto número diez.) Otro.

VIC. (A Virgilio.) Cuando usted guste, señor Coronel.

VIRG. (A Luisa.) Al agua patos. (Entra Luisa en el cuarto número siete. Virgilio vase al cuarto número diez mirando, al pasar, detenidamente á Felipe. Quico recoge la ropa del cuarto número once, del que ha salido el Caballero que le ocupaba; el cual golpea el mostrador con un duro, de que Vicente se dispone á darle la vuelta.)

FELIPE. (Por fin...)

VIC. (Oyendo llamar.) ¿Quién? (¡Ah! El Empresario de la ópera barata.)

FELIPE. (No me ha pasado mal examen el catedrático del Instituto.)

VIC. Una y cuatro, cinco. Que usted lo pase bien. (Vase el Caballero.) Este ya tiene tenor para toda la temporada. Se lleva una peseta de... estaño.

ESCENA II

FELIPE, VICENTE y AMPARO. QUICO, en el cuarto número once. Poco después SEVERINO, con uniforme de coronel de caballería, por el foro.

FELIPE. Esa criatura, me tiene sorbido el seso. Lo que no sé es cómo decirles á mis padres que, en vez de Teología y Cánones, estoy estudiando esgrima de lanza y equitación. (Continúa leyendo.)

SEVER. (Dando un puñetazo en el mostrador, mientras Vicente está mirando la Caja.) A ver. .

VIC. (¡Qué bárbaro!)

SEVER. Un baño.

VIC. ¿Solo?

SEVER. No, señor; con agua.

VIC. Ya, ¿pero con ropa ó sin ella?

SEVER. ¿Pues con qué quiere usted que me seque, con el uniforme?

VIC. Usted dispense. (A Quico, que sale del cuarto número once.) El ocho, para este caballero... de caballería. (Quico entra á preparar el cuarto número ocho.)

AMP. (A Felipe, saliendo del cuarto número nueve.) Está *ustet* servido.

FELIPE. Vamos allá. (Levantándose y dejando el periódico. Al ver á Severino, se cuadra.) (¡Demonio! ¡El coronel!)

SEVER. (Reparando en él.) ¡Eh! ¿Qué hace usted aquí?

FELIPE. Mi coronel, vengo á bañarme.

SEVER. Un soldado se baña en el río, con el ganado.

FELIPE. Tengo permiso del capitán. Estoy enfermo.

SEVER. ¿De qué?

FELIPE. Me han salido unos granos.

SEVER. ¿En dónde?

FELIPE. En el cuerpo.

SEVER. Ya supongo que no será en la guerrera. ¿Pero en qué parte? ¿En las manos?

FELIPE. Sí, señor; también.

SEVER. Eso es... Se pone usted al sol y se rasca con un tejo. Yo no quiero hombres afeminados en la milicia.

FELIPE. ¡Mi coronel!...

SEVER. Que el de hoy sea el último baño que usted me tome. Está usted despachado.

FELIPE. A la orden de usía. (¡Me he lucido!) (Vase al cuarto número nueve.)

SEVER. No me hace gracia el encuentro de este hombre. ¿Lo habrá traído Marcelina para que le guarde las espaldas? ¡Decirle á uno su mujer que ha estado en la iglesia, y saber que tres días consecutivos la han visto salir de este establecimiento, francamente, es para escamarse. Yo no estoy celoso; pero me fastidiaría tener que estarlo. Vigilaré. Por supuesto, con prudencia... y con un revólver en el bolsillo.

QUICO. ¿*Ustet* es el ocho?

SEVER. Sí.

QUICO. Pues á las ocho, pan y *biscocho.* (Indicándole que está servido.)

SEVER. (¡Qué cara de bruto tiene!)

QUICO. (Sobándole los galones.) ¿Esto es oro de buena verdad?

SEVER. (¡Se me están pasando unas ganas de...!)

QUICO. Y estos *sapatos* tan grandes, ¿para qué son? (Pasándole la mano por las botas de montar.)

SEVER. Vuélvete de espaldas. (Quico se vuelve.) Para esto. (Dándole un puntapié.)

QUICO. ¡Qué puntería! (Vase al foro con Amparo, que ha vuelto.)

VIC. (Saliendo del cuarto número ocho.) ¿Desea usted alguna otra cosa?

SEVER. Sí, señor; que no me pregunte usted nada más. (Vase al cuarto número ocho.)

VIC. Es muy amable.

ESCENA III

VICENTE, QUICO y AMPARO; TÁRSILA, por el foro.

TARS. Diga usted, ¿estos son los Baños de Oriente?

VIC. Sí, señora.

TARS. ¡Jesús! ¡Me ha hecho usted correr media Valencia!

VIC. ¿Yo?

TARS. Los llama usted de Oriente y están al Norte de la ciudad.

VIC. ¡Toma! Yo también me llamo Cuadrado de apellido y estoy redondo.

TARS. ¿De fortuna?

VIC. No, señora; de carnes.

TARS. Supongo que estoy hablando con don Vicente.

VIC. Servidor de usted.

TARS. (Con retintín.) Sí; ya sé que es usted amigo de servir á las señoras.

VIC. Hasta donde me lo permiten mis medios.

TARS. Es decir, á las señoras mal comparadas; á las que pervierten á los maridos de las mujeres buenas, y se

ven con ellos en estos baños con el beneplácito de su director.

VIC. Señora, ó usted ha almorzado fuerte, ó...

TARS. Se equivoca usted, que vengo en ayunas desde Albacete y en el expréss, persiguiendo á un esposo infame que me ha precedido en el tren ómnibus.

VIC. ¿Huyendo de usted?... me lo explico. Mi casa, es una casa decente, y las señoras que á ella concurren, no estarán tan mal vistas, cuando hasta el mismo señor Arzobispo y gran parte del Cabildo metropolitano, se dignan honrar mi establecimiento. ¿Con ropa, ó sin ella?

TARS. ¿Eh?

VIC. Si toma usted el baño solo, ó...

TARS. (La acometida ha sido brusca y puede sospechar... Cambiemos de táctica.)

VIC. Mi clientela es juiciosa, sentada.

TARS. Sí, han debido informarme mal. Al instante se ve que estos son unos baños de asiento. ¿No los frecuenta también una señora, amiga mía, que se llama Nenay?

VIC. Sí, señora. Este es el cuarto que, por lo común, ocupa todos los dias. (Señalando el cuarto número cuatro.)

TARS. (Entrando en él.) ¡Ah! ¿Este? Muy bonito. Y hay una puerta de comunicación.

VIC. Como en muchos otros; porque hay quien viene con su madre...

TARS. O con su tía.

VIC. Por cierto, que me extraña que tarde tanto doña Nenay.

TARS. ¿No podría usted darme el cuarto contiguo? La quisiera sorprender.

VIC. Si está disponible, ¿por qué no? (Sale del cuarto número cuatro, y al ver abierto el número seis, da orden á Amparo de disponerlo.)

TARS. (Descorriendo el pestillo de la puerta de comunicación.) (Dejemos libre el paso.)

VIC. A ver, muchacha; prepara el cinco.

TARS. (Esperaré á que esté desnuda para que no pueda salir, y la azotaina que se lleva...)

VIC. (Volviendo al cuarto número cuatro.) Queda usted servida.

TARS. Muchas gracias. No le diga usted á Nenay que yo he venido. (Salen del cuarto número cuatro.)

VIC. Aquí no se le dice nada á nadie.

TARS. Y eso que, aunque usted me lo niegue, se debe ver cada cosa...

VIC. Muy gordas; pero nosotros no miramos nunca.

TARS. En fin, me voy á mi cuarto...

VIC. ¿Desea usted jabón, lirio de Florencia, agua de Florida?

TARS. Si lo necesito, ya pediré luégo un palo.

VIC. ¿Eh?

TARS. Para cerrar la ventana, por si no llego. (Entra en el cuarto número cinco, del que sale Amparo, después de haber dejado en él la ropa.)

VIC. ¡Pobre mujer! Debe tener flojo el tornillo pedrero. ¡Cada tipo que se descuelga por esta casa!...

ESCENA IV

VICENTE, AMPARO, QUICO y CANUTO

CANUTO. (Viene por el foro golpeándose la espalda.) Nada; no hay medio... (A Quico.) A ver, bata.

QUICO ¿Qué *dise ostet*?

CANUTO. (Siempre me creo en Manila.) Muchacho, dame unos golpecitos aquí. (En la espalda: Quico le golpea según lo indica el diálogo.) No tan flojo. No tan fuerte. Más arriba. Más abajo.

QUICO. ¡*Oy*! ¡Qué *donsaina!* (Cesando.)

CANUTO. No sabes. (A Amparo, presentándole la nuca.) Tú, méteme la mano por debajo de la camisa.

AMP. ¡Hombre! Vaya y que le rasque un esterero. (Vase por el foro.)

VIC. ¿Tiene usted algo?

CANUTO. Sí, señor; un bicho que, viniendo en el tren de Madrid, se me ha metido...

VIC. ¿Por dónde?

CANUTO. Por la ventanilla.

VIC. No. ¿En qué parte?

CANUTO. ¡Ah! Entre Alcira y Algemesí.

VIC. Del cuerpo, señor.

CANUTO. ¡Ya! En el cogote.

VIC. ¿Y no se lo ha podido usted sacar?

CANUTO. Verá usted. Al principio me puse á rascarme sobre los almohadones; pero el demonio del bicho, cuando yo me frotaba la espalda, se me corría al pecho, y viceversa.

VIC. Haberse desnudado si estaba usted solo.

CANUTO. Ya empecé á hacerlo, de medio cuerpo arriba; pero en Algemesí entró un caballero...

VIC. ¿Por qué no le puso usted al corriente? Entre hombres...

CANUTO. Ya le puse, y seguí aligerándome de ropa. Entonces el insecto se me bajó á una pantorrilla, y le pedí permiso al caballero para quitarme los pantalones; y, apenas me había sacado una pernera, subió en Benifayó una señora, muy frescota por cierto, que al bajarse á... no sé qué, se había equivocado de coche, y tuve que vestirme á puñados.

VIC. Por lo visto, lo que usted desea es un baño.

CANUTO. Vengo de la estación con ese solo objeto. Ni he recogido el equipaje, ni he ido á darle los buenos días á mi mujer, que no me espera hasta mañana. Porque yo soy casado, muy bien casado con una muchacha, joven ella y guapa ella...

VIC. Tanto mejor para usted... (y para ella). Quico, el número once para este caballero.

CANUTO. ¿El once? ¿Es este? Aguarda. ¿Tiene usted brújula en el establecimiento?

VIC. Sí, señor. (Después le da una pequeña de bolsillo que está sobre el mostrador.)

CANUTO. (Ahora se me ha puesto donde no me puedo rascar delante de la gente. Me sentaré. (Lo hace.) ¡Bah! Ya está arriba. (Se levanta.)

VIC. Tome usted.

CANUTO. Gracias. (Mirando la brújula.) No me conviene el once. Da al Norte, y á mí me tienen recomendado que me bañe al Mediodía.

QUICO. Pues ya están al caer las *dose.*

CANUTO. (Es muy ingenioso, con esa cara de puño de bastón.)

VIC. (A Quico, consultando el reloj.) Prepara el cuatro. Ya no creo que venga esa señora.

CANUTO. ¡Ah! Que me lo pongan á veintiocho grados y nueve décimas lo más; porque á veintinueve me quita el apetito, y á veintiocho me lo abre demasiado. (Quico prepara el cuarto número cuatro, dejando correr los grifos.)

VIC Tome usted el termómetro, y gradúeselo usted á su gusto. (Dándole uno flotante que toma de la pared del foro.)

CANUTO. Mejor será. ¿No tiene usted ron? Porque yo suelo tomar una copita cuando salgo.

VIC. Mandaremos que lo traigan. (¡Qué tipo!)

CANUTO. Ahora se me pasea por la cintura. (Entra en el cuarto número cuatro.)

ESCENA V

CANUTO y QUICO, en el cuarto número cuatro. En la escena, VICENTE; MARCELINA, que viene por el foro.

MARC. ¿Llego á tiempo?

VIC. Señora, tiene usted desgracia; aún no ha parecido doña Nenay.

MARC. Me persigue la fatalidad. Hace tres días que, después de no encontrarla en la fonda, vengo aquí en su busca; y, ó ya se ha marchado, ó yo no puedo esperarme. Pero hoy estoy decidida á no irme sin verla.

CANUTO. (A Quico.) Mira, tráeme unas cuantas toallas para tapar las rendijas de estas puertas, porque á mí un soplo de aire me constipa. (Vase Quico.)

MARC. Y es tan grande mi impaciencia por estrecharla entre mis brazos...

VIC. Pues siéntese usted, y mirará muñecos... (*Por los periódicos.*)

MARC. ¡Oh! No. Podrían sorprenderme. A mí me conoce todo el mundo.

VIC. (Menos yo.)

MARC. Y tengo un interés especial en que no me vean, sobre todo mi marido.

VIC. (Algún tapujo.)

MARC. ¿No habrá un cuarto que darme?

VIC. Sí, señora; éste. (*Señala el cuarto número once.*) ¿Con ropa?

MARC. No, no me baño; es sólo para aguardarla. En cuanto llegue, hágala usted entrar.

VIC. ¿Y á quién anuncio?

MARC. A nadie; es inútil; no sabe quién soy.

VIC. ¿Qué tendrá esa doña Nenay que todos preguntan por ella?

ESCENA VI

DICHOS. *Quico, con toallas y salida de baño, entra en el cuarto número cuatro, y coloca la ropa sobre una silla. Canuto la examina pieza por pieza. Poco después,* NENAY, *por el foro.*

QUICO. Aquí está esto.

CANUTO. ¿No hay ninguna agujereada?

NENAY. Hoy me ha hecho esperar.

VIC. ¡Ah! Buenos días, doña Nenay. Temí que nos privase usted de su amable presencia.

NENAY. He estado muy ocupada. Diga usted: ¿no ha venido á preguntar por mí un caballero, un tal don León?

VIC. No, señora.

NENAY. Pues en cuanto se presente, avíseme usted. Es mi Agente de negocios, el que debe ultimar con usted la compra de este establecimiento. (*Quitándose el sombrero para irlo á colgar en la patera del cuarto número cuatro.*)

VIC. ¡Ah! Si le es á usted lo mismo, puede usted tomar este otro (Por el cuarto número once.), que está libre; pues creyendo qne no vendría usted, hemos dispuesto de su cuarto.

NENAY. Me es enteramente igual. (Cuelga su sombrero junto al casco de Felipe.)

MARC. (Leyendo una carta y contemplando una fotografía.) (¡Pobre hermana mía! No me canso de leer su carta... ¡Y qué hermosa es Nenay! El fruto de un amor desventurado.

VIC. Además, la aguarda á usted dentro esa señora que lleva tres días en busca de usted.

NENAY. ¿Está ahí? Es muy original. Yo no conozco á nadie en Valencia ni en Europa. No hace aún tres semanas que he llegado de Manila.

VIC. Pues si quiere usted salir de dudas...

NENAY. Sí, prevéngala usted.

VIC. ¿Se puede? (Golpeando en la puerta del cuarto número once.)

MARC. ¡Ah! Por fin... ¡Qué emoción! (Abriendo la puerta.) ¿Ella?

VIC. La misma.

NENAY. ¡Señora!...

MARC. ¡Nenay de mi alma! (Besándola con efusión. La Señora del cuarto número seis ha salido y llama al mostrador con una moneda.)

VIC. Van. (Sale del cuarto número once, cerrando la puerta, y cobra de la Señora, que se va por el foro.)

NENAY. Pero, ¿á quien tengo el gusto...?

MARC. Siéntate junto á mí; déjame que te contemple. (Sentándose junto á ella, y acariciándola.)

CANUTO. La sábana, te la puedes llevar; ya la pediré yo luégo. La necesito caliente.

QUICO. ¿Con *désimas*, ó con cuartetas?

CANUTO. Este se va á encontrar un palo. (Vase Quico, llevándose la sábana. Canuto cuelga el sombrero y coloca las toallas en las rendijas, entre el suelo y las puertas. Gradúa el agua consultando el termómetro y añadiendo agua caliente ó fría con minuciosidad. Se quita la levita y el chaleco, se suelta los ti-

rantes y se sienta para descalzarse delante de la puerta de comunicación, midiendo el tiempo de modo que le pille la aparición de Társila con un zapato quitado y preparándose á sacarse el otro.)

ESCENA VII

CANUTO, en el cuarto número cuatro; NENAY y MARCELINA, en el cuarto número once.

NENAY. Verdaderamente, no me explico...

MARC. No he sido dueña del primer impulso; pero me disculparás en cuanto sepas que soy la hermana de tu madre.

NENAY. Cómo, ¿usted es tía Marcelina?

MARC. La misma.

NENAY. Mamá me ha hablado mucho de usted.

MARC. Deja ese usted; háblame de tú.

NENAY. No tengo costumbre; pero como quieras.

CANUTO. (Mirando el termómetro.) Esto no sube; no pasa de la temperatura de los gusanos de seda. Vaya, un chorrito más. (Poniendo agua caliente.) ¡Maldito bicho!

MARC. Y, cuéntame: ¿eres feliz? Porque ya sé que acabas de casarte.

NENAY. (Con tristeza.) Feliz... yo no puedo serlo.

MARC Cómo, ¿por qué?

NENAY. No... por nada. En fin, lo soy relativamente. Figúrate que mi marido se llama Canuto...

MARC. Eso no es malo.

NENAY. Y que me dobla la edad.

MARC. Tú eres tan joven...

NENAY. Pero es rico; lo que me permite atender á mi madre, recompensándole los sacrificios que ha hecho por mí. porque... ¿no sabes? La espero muy pronto.

MARC. Qué, ¿Rosa va á venir á Valencia?

NENAY. Sí; pero que no se te escape ni una palabra delante de Canuto.

MARC. ¿Por qué?

NENAY. Porque dice que no quiere serpientes en su paraíso.

MARC. ¿Llama serpiente á su suegra? ¡Qué galante!

NENAY. Canuto ha venido recomendado á un hombre de negocios que reside en Albacete.

CANUTO. (Consultando el termómetro.) ¿Todavía á veinticinco? ¡Demonio! ¿Cómo ha de subir, si tiene un agujero en el tubo? Lo graduaré á ojo.

NENAY. Pues bien; mi marido, que, á pesar de sus rarezas, es muy bueno, le entregó á ese señor una fuerte suma para emplearla en valores con que hacerle á mi madre una renta vitalicia.

CANUTO. ¡Qué sorpresa va á tener mi Nenay cuando, al llamar á su cuarto, pregunte: «¿Quién es?» Y yo le conteste: «Tu Canuto.»

NENAY. Pero el tal Agente ha resultado ser un íntimo amigo de mi difunto padre.

MARC. (¡Pobrecilla! Ignora que no es hija del marido de mi hermana.)

NENAY. Y he logrado hacer de él el confidente ciego de mis planes.

MARC. ¿Qué planes?

NENAY. Verás. Aprovechando un viaje de Canuto á Madrid, de donde no volverá hasta mañana, me he hecho ceder estos baños, aunque no estaban de venta, para poner al frente de ellos á mi madre, y tenerla aquí sin que mi marido sospeche, porque él no se baña nunca...

MARC. ¡Qué sucio!

NENAY. Más que en casa.

MARC. ¡Ah!

CANUTO. (Santiguándose, y besando la cruz con ruído.) Es una costumbre inveterada en mí, santiguarme siempre que corro algún peligro.

MARC. ¿Y la esperas pronto?

NENAY. Muy pronto. Hoy he citado aquí á don León...

MARC. ¿Qué don León?

NENAY. El de Albacete, que ha de traer los fondos y firmar la escritura á nombre suyo, porque yo necesitaría la autorización de Canuto.

MARC. ¡Qué felices vamos á ser! Porque mi marido es coronel de caballería, y no tenemos hijos.

NENAY. ¡Qué lástima!

MARC. Yo bien se lo pido á la Providencia; pero él no reza nunca, y, es claro, Dios no nos oye.

CANUTO. (Matando de un puñetazo al bicho que se saca del pecho.) ¡Ah, le pillé! Buen trabajo me ha costado el atraparte, pero ahora no te escapas. Ya te tengo.

ESCENA VIII

DICHOS; TÁRSILA, que al abrir con estrépito sobre el cuarto número cuatro la puerta de comunicación, derriba á Canuto, y le hace rodar por el suelo con la silla.

TARS. Lo que tú tienes, es muy poca vergüenza.

CANUTO. Bruto el que haya sido.

TARS. ¿Dónde está esa bribona? (Buscando en la tina.)

CANUTO. (Levantándose.) Si no me llego á santiguar...

TARS. ¡Esposo adúltero! ¡Jesús, no es él!

CANUTO. ¡La viajera de Benifayó!

TARS. Usted dispense; estoy confundida, avergonzada...

CANUTO. ¡Bah! No es la primera vez que me sorprende usted en paños menores.

TARS. Pero merezco disculpa.

CANUTO. (Y un palo.)

TARS. Soy una esposa honrada que persigue á un marido infiel; y como he oído un beso...

CANUTO. (¡Ah, cuando me persignaba!)

TARS. ¡Soy muy desgraciada, caballero! Tengo un hijo que estudia para sacerdote.

CANUTO. Con usted, de seguro que llega á cardenal.

TARS. Y, á pesar de los ejemplos de virtud que le damos, mi hijo por cartas—porque está aquí en Valencia,—y yo, con mi conducta en Albacete—donde tiene usted su casa,—mi esposo se ha corrompido.

CANUTO. Con estos calores...

TARS. Quiero decir, que se está torciendo.

CANUTO. Pues apuntalarlo. Y con permiso de usted... (Tratando de desnudarse para que se vaya.)

TARS. Usted es muy dueño.

CANUTO. (Capaz es de quedarse.)

TARS ¡Apuntalarlo! ¿No conoce usted á León?

CANUTO. (¡León y de Albacete! ¿Si será mi hombre de negocios?)

TARS. Él quería ser militar; pero no pudo, por tener un ojo cerrado; y se dedicó al comercio, en el que se hizo rico. A los pocos años se puso bueno.

CANUTO. Alguna operación feliz. ¡No hay como ser comerciante para abrir el ojo!

TARS. Pero se le agrió de tal modo el carácter, al ver que ya no podía abrazar la carrera de las armas...

CANUTO. Que se casó para abrazarla á usted.

TARS. No; que desde entonces mi hogar es un infierno. Todo su afán es no morirse sin haber reventado á alguien.

CANUTO. Pues que no sea á mí. ¡Hágame usted el favor de volverse á su cuarto! ¡Si viniera...!

TARS. ¡Vaya si vendrá!...

CANUTO. ¡Señora!...

TARS. No tema usted, el delito es cobarde. Y como de fijo le acompañará Nenay...

CANUTO. ¿Eh?

TARS. Su querida.

CANUTO. ¿Nenay? ¿Ha dicho usted Nenay?

TARS. ¿La conoce usted?

CANUTO. No. ¿Pero en qué se fundan esas sospechas?

TARS. Verá usted. A mí ya me extrañaba que en estos últimos quince días hubiese hecho dos viajes á Valencia.

CANUTO. (¡Quince días! Los que yo llevo ausente.)

TARS. Sin haber podido, ninguna de las dos veces, ir á dar un abrazo á su hijo, que tiene una beca en Santo Tomás.

CANUTO. Sí, el cura; adelante.

TARS. Al hacerle yo cargos por su negligencia:—«los nego-

cios,—me contestó, —son antes. Ha llegado allí un tío de Manila, que quiere que le coloque los fondos, y voy á ver si puedo clavarle, porque es un carabao.»

CANUTO. ¡Un cara... carabao!

TARS. Una especie de buey filipino.

CANUTO. Sí; los conozco.

TARS. Pues figúrese usted que ayer, almorzando, recibe el correo con multitud de periódicos y cartas. Lee una, mira el reloj, y sin acabar:—«aún tengo tiempo de pillar el ómnibus,»—exclama.—«Adiós, me voy á Valencia.»—Y dicho y hecho; se pone en camino, muy ajeno de que yo iba á seguirle por el expréss. Y mire usted la Providencia.

CANUTO. ¿Dónde?

TARS. Aquí. (Sacando una carta.) Al recoger el correo, se le cayó debajo de la silla la carta que acababa de recibir y que va á darle á usted la norma de lo que puede la desvergüenza humana.

CANUTO. ¿Es de Nenay?

TARS. De la misma. Oiga usted. (Leyendo.) «Mi marido no vendrá hasta el martes. Tenemos, por lo tanto, dos días enteros disponibles.»

CANUTO. Dos días enteros...

TARS. Que bien aprovechados... (Leyendo.) «Salga usted por el primer tren, y de la estación diríjase usted á los Baños de Oriente, donde le esperaré á usted desde mediodía. Don Vicente, accede al fin...»

CANUTO. ¿Don Vicente?

TARS. El director, el gran galeoto.—«Guardará la reserva, pero me lleva caro.»—Y luego dice que no mira... Que hace la vista gorda.—«Por Dios, no deje usted de venir, porque sin usted yo no puedo tomar los baños, y así que llegue mi marido, ya no tendremos ocasión.» Me parece que más claro...

CANUTO. ¡Agua!

TARS. ¿Se siente usted mal? (Se guarda la carta.)

CANUTO. No. He dicho agua, como podría haber dicho...

TARS. ¡Ah! ¡Sí!

CANUTO. Pero si no acabo de persuadirme. ¡Engañarme mi mujer!

TARS. ¡Cómo! ¿Su mujer?

CANUTO. Sí. Nenay.

TARS. Entonces usted es el carabao..., ¡Jesús! No. El... (¡Pobre señor! ¡Qué imprudencia la mía!)

CANUTO. Y no lo merezco, de veras; no lo merezco.

TARS. Vamos, resignación. Mal de muchos...

CANUTO. Gracias. (Sentándose abatido.)

ESCENA IX

DICHOS; VICENTE y LEÓN, entrando por el foro.

VIC. Sí, señor; está aquí. Me ha encargado que la previniera en cuanto usted llegase. Porque supongo que tengo el gusto de dirigirme á don León, el Agente de negocios de doña Nenay.

LEON. El mismo. Agente paciente.

VIC. ¿Eh?

LEON. No del verbo pacer, sino por falta de oportunidad en el párpado izquierdo.

VIC. ¿Cómo?

LEON. Que no es mi vocación; yo he nacido para militar, mi elemento es la guerra, un uniforme me saca de quicio. Bien ha hecho mi hijo en colgar los hábitos, según me acaban de decir en el colegio. Se lo perdono. ¡Ah! ¡Un casco! (Descolgando el de Felipe y poniéndoselo. Al tomarlo, deja caer, sin verlo, la carta que hay dentro, y cuelga su sombrero de copa en la percha que ocupaba aquel.) Dígame usted si esta cara no merece un caballo.

VIC. Efectivamente; es lástima... (que se la hayan puesto á un burro.)

LEON. No, yo no me muero sin haber reventado á alguien. (Se quita el casco y lo deja sobre la mesa.)

VIC. (Yendo escapado á golpear en el cuarto número once.) ¡Señora! ..

NENAY. ¿Quién?

VIC. ¡Aquí está ese caballero!

NENAY. ¡Ah! ¡Por fin...! (Abriendo la puerta.)

LEON. ¿Se puede?

NENAY. Pase usted adelante. ¿Cómo va? (León entra, Nenay cierra la puerta. Presentación á Marcelina, saludos, etcétera.)

VIC. Que reviente potros. Vamos á ver al señor de la hidroterapia; no sea que Quico, en vez de una ducha, le dispare una ametralladora.

ESCENA X

TÁRSILA y CANUTO, en el cuarto número cuatro. NENAY, MARCELINA y LEÓN, en el cuarto número once. A poco LUISA, SEVERINO, VIRGILIO y FELIPE, que salen de sus respectivos cuartos. Después VICENTE

TARS. ¡Ea! ¡Animo! ¡Hay que tomar una resolución!

CANUTO. Sí, ¿pero cuál?

TARS. ¡Sorprenderlos!

CANUTO. ¡El sorprendido soy yo!

TARS. ¡No sirve usted para nada!

LEON. Pues cuando usted quiera que empecemos á reconocer el material...

NENAY. Cuanto antes. ¿Vienes?

MARC. Te esperaré aquí, podrían verme...

LUISA. No hay nadie; este es el momento de coger la carta. ¿Y el casco? (Viéndolo.) ¡Ah! (Registrando el forro del casco, sin soltar de la mano la sombrilla.) ¡Cómo! ¿No está?

MARC. (Abriendo la puerta del cuarto número once, para que salgan Nenay y León.) ¡No tardes mucho!

LUISA. ¡Ay! (Asustada se echa á correr á su cuarto, llevándose el casco enganchado en el varillaje de la sombrilla.)

LEON. (Al verla correr.) ¿Qué le ha dado?

NENAY. No sé.

VIRG. (Asomándose á la puerta de su cuarto, sin levita ni sombrero, y secándose la cabeza con una toalla.) ¡Me ha parecido oir gritar á Luisa...

MARC. (A Nenay y León, que están todavía en la puerta.) ¿Qué ha sido eso?

NENAY. (Riendo y fuerte.) ¡Alguna sorpresa desagradable!

CANUTO. (Oyendo su voz.) ¡Ella!

LEON. ¡No se ha llevado mal susto!

TARS. ¡La voz de León!

FELIPE. (Asomándose á la puerta de su cuarto, en mangas de camisa y peinándose.) Ese grito...

MARC. No me hagas esperar. (Se mete en el cuarto número once.)

NENAY. Pronto acabamos. (Vase con León.)

SEVER. (Aparece en la puerta de su cuarto envuelto en una sábana y blandiendo una espada.) ¿Marcelina aquí?

TARS. Venga usted. (Sacando á rastras á Canuto.)

CANUTO. Pero... ¿y si me revienta sobre lo otro? (En este instante se oyen dentro unos alaridos espantosos, que cesan en seguida, pero que hacen salir á la escena á Severino, á Virgilio, á Társila y á Canuto. Felipe y Marcelina van á salir también; pero al ver, el uno á su madre, y la otra á su marido, retroceden y se encierran en sus cuartos.)

SEVER. ¿Quién berrea de ese modo?

MARC. (¡Mi marido!)

CANUTO. ¡La caldera, tal vez, que ha estallado!

TARS. No importa.

FELIPE. (¡Mi madre!)

VIC. (Apareciendo en el foro.) No se asusten ustedes. Es una ducha que Quico está propinando á la presión de banderillas de fuego. (Vase.)

TODOS. ¡Ah!

SEVER. ¡No es ella!

VIRG. ¡No es mi hija!

TARS. ¡No es mi marido!

CANUTO. ¡No es el reventador! (Cada uno dice su frase para sí, después de haber hecho un minucioso examen de la persona que le es sospechosa.)

SEVER. Vigilaré. (Entra en su cuarto.)

VIRG. Lo mejor será irnos en seguida. (Vase al suyo.)

ESCENA XI

TÁRSILA y CANUTO, en la escena. MARCELINA, en su cuarto, y VIRGILIO, que entra después en el cuarto número once, por la puerta de comunicación.

MARC. Si me sorprende... ¡Qué angustia!... No me siento bien.

TARS. Hay que registrar todo el establecimiento, á ver si damos con algún indicio.

MARC. ¡Me falta aire! (Yendo á la puerta de salida del cuarto.) No, por aquí no. Esta puerta... (Yendo á la de comunicación, cuyo pestillo descorre.) cerrada.

CANUTO. ¡Ah! (Viendo el sombrero de Nenay.)

TARS. ¿Qué?

CANUTO. ¡El sombrero de Nenay!

TARS. ¿Ese?

CANUTO. Con pareja.

TARS. ¡Entonces, este otro debe ser el de mi marido! (Descolgándolo y volviéndolo á colgar, después de apabullarlo al reconocerlo, por el nombre del fabricante.) ¡Justo! Albacete. ¡El nuevo!

CANUTO. Pues ya no lo es. ¡Y aquí una carta!... (Recogiendo la que cayó del casco.)

TARS. Que sin duda traía preparada, por si no podía hablar con ella, y se habrá caído ahora del sombrero. Ábrala usted. ¿Qué dice?

CANUTO. (Leyendo.) «¿Me quieres?»

TARS. Siga usted.

CANUTO. No puedo.

TARS. ¿Le falta á usted el valor?

CANUTO. No; es que se ha concluído. Debe ser alguna frase convenida.

TARS. ¡Cómo! ¿No hay más? No importa; eso basta.

MARC. (Llamando discretamente á la puerta de comunicación.) ¡Vecino!... ¡Vecino!... ¡Abra usted!

TARS. Están ahí.

CANUTO Así parece.

TARS. Pues adentro. Usted, diríjase á mi marido, porque si le acometo yo, le ahogo.

CANUTO. No haría usted más que su deber.

TARS. Usted le presenta á León esa carta, y yo esta otra á Nenay; y á ver por dónde respiran.

CANUTO. ¡Toma! Por cualquier parte.

MARC. (Llamando siempre á la puerta de comunicación. ¡Favor!... ¡Socorro!...

VIRG. (Entrando en el cuarto número once, ya vestido y con sombrero) ¿Qué ocurre? Una señora... ¿Se siente usted mal?

TARS. (Preparando la carta firmada por Nenay.) ¡Ea, á la irrupción!

CANUTO. ¡De los bárbaros! (Entran.)

LOS DOS. (Viendo entrar bruscamente á Társila y á Canuto que se ponen delante de ellos, enseñando cada cual su carta.) ¡Eh!

MARC. ¿Se puede saber lo que ustedes desean?

TARS. Se necesita tener muy poca lacha, para, delante de este caballero que viene conmigo, preguntar lo que deseamos.

VIRG. (Leyendo la carta que Canuto tiene en la mano y le presenta.) Y á usted, ¿qué le importa, si yo le quiero ó no?

CANUTO. A mí, nada, pero á su esposa de usted...

TARS. Poco á poco. Ese señor, no es mi marido.

CANUTO. ¿Ahora salimos con esa? Entonces vámonos.

TARS. ¿Sin decirle nada á Nenay? Como usted guste.

MARC. (Nenay... Alguna imprudencia... ¡Infeliz!)

CANUTO. ¡Pero si esta señora tampoco es Nenay!

TARS. ¡Cómo! ¿Usted, no es...?

MARC. ¡Yo soy la esposa del coronel de caballería! (Se me escapó.)

TARS. Por muchos años. Vaya, pues usted dispense.

CANUTO. (A Virgilio.) Lo mismo digo; porque ahora veo que es sin duda al señor coronel á quien tengo el gusto do dirigirme.

VIRG. Precisamente.

MARC. (Buen rasgo para salvar mi decoro.)

TARS. (A Virgilio.) Estoy confundida...

MARC. (Aparte á Canuto.) ¿Pero esa Nenay?... Porque yo soy... (Conteniéndose.) (No; me iba á vender.)

CANUTO. (¡Cómo! ¿Nenay también? Pues entonces, este es el belén del Agente. Se conoce que la llegada del marido les ha aguado la fiesta.) (Aparte á Marcelina.) Ahora que no mira el señor coronel, tome usted esta carta. (Dándole la del casco.) Nadie lo sabrá... (Alto á Társila, saliendo con ella del cuarto.) Vamos. Aquí estamos ya de sobra. (Salen del cuarto.)

MARC. ¿Qué gente es esta?

VIRG. Ni lo sospecho.

CANUTO. Buena plancha, señora. El coronel y la coronela... marido y mujer...

TARS. Pero lo positivo...

CANUTO. Lo positivo es que está usted chiflada.

TARS. ¿Y esta carta? (Por la de Nenay, que se guarda.)

CANUTO. Una mixtificación.

TARS. ¿Y ese sombrero?

CANUTO. Otro cualquiera igual al suyo. (¡Pobre mujer! No he de decirle yo que la coronela es la Nenay á quien busca.)

TARS. Mi marido le ha calificado á usted bien. (Carabao... carabao...)

CANUTO. ¿Cómo?

TARS. Nada; me llevo la canoa de León, y así no podrá salir del establecimiento sin que yo le vea. (Pasa al cuarto número cinco, llevándose el sombrero de León.)

CANUTO. Que usted se alivie. Ya sabía yo que mi mujer era incapaz de... Me refrescaré aquí un poco. (Se sienta á mirar ilustraciones.)

VIRG. ¿Y qué puedo hacer por usted?

MARC. Mandar que me acerquen un coche.

VIRG. Con mucho gusto. Saldré por este lado, para evitar... (Es muy guapa.) (Vase por la puerta de comunicación, saliendo poco después por la del cuarto número diez, que deja abierta.)

CANUTO. (Viendo grabados.) «La señora del Cardenal Cisneros...»

¿Cómo? ¡Ah! «La señera.» La vista me va dejando. «La ciega en cueros...» ¡Jesús! No. «La siega en Quero.» Esto baja. (Por la vista.)

MARC. (Leyendo la carta.) ¿Si le quiero? ¡Qué osadía!

VIRG. (Golpeando la puerta del cuarto de su hija.) ¿Has concluído? Pues date prisa. (Mientras sale, voy por el coche. Me ha gustado la coronela.) (Vase por el foro.)

ESCENA XII

DICHOS, menos VIRGILIO; á poco FELIPE, LUISA y QUICO

CANUTO. ¿Cómo harán los periodistas para no escribir más que lo justo que cabe en el papel?

FELIPE. Está esto bueno. Pues yo me lo dejé en la percha. (A Canuto.) ¿Usted no ha visto por casualidad un casco?

CANUTO. ¿Un casco? No, señor.

FELIPE. (¿A que se lo ha entrado Quico por equivocación á otro bañista?) (Viendo abierta la puerta del cuarto número diez, entra en él.)

LUISA. (Saliendo del suyo.) (Ahí dejo el casco.) Cuando quieras. ¡Cómo! ¿Se ha ido? (A Quico.) ¿No sabe usted dónde está el señor Coronel?

QUICO. Ahí entró, en el ocho. (Vase.)

FELIPE. (Entrando en el cuarto número once por la puerta de comunicación.) Aquí tampoco.

MARC. ¡Eh! ¿Quién?

FELIPE. (¡La coronela!)

LUISA. ¿Se puede? (Golpeando en el cuarto número ocho.)

SEVER. (Dentro.) Adelante. (Luisa entra, y sale á poco dando un grito al ver su equivocación.)

MARC. Necesito que usted me explique...

LUISA. ¡Ay! Papá... papá...

CANUTO. ¿Qué le pasa á usted, señorita?

LUISA. Que... no encuentro á mi padre.

CANUTO. Pero usted, ¿de quién es hija?

LUISA. Del señor Coronel.

CANUTO. ¡Ah! Pues lo tiene usted en este cuarto. (Por el once.)
LUISA. ¿Sí? Voy. (¡Qué susto y qué vergüenza!)
CANUTO. Puede usted entrar; está vestido.
LUISA. Gracias. (Entra un el cuarto número once.)

ESCENA XIII

DICHOS, VIRGILIO y VICENTE; después QUICO

MARC. ¿Otra invasión?
FELIPE. ¡Luisa!
VIRG. (Entrando en el cuarto número siete.) Niña, niña...
LUISA. ¡Felipe!... ¡Con una mujer!...
FELIPE. Ha sido que yo...
LUISA. Es inútil.
VIRG. (Saliendo del cuarto número siete con el casco de Felipe en la mano.) ¡Un casco en el cuarto de mi hija! ¡Horror!
VIC. (A Virgilio.) ¿Le pasa á usted algo?
VIRG. Iré al cuartel y hablaré con su jefe. Esto no puede quedar así.
QUICO. (A Vicente.) Que suba *ustet* en seguida.
VIC. Voy. (Vaso)
VIRG. (A Quico.) A ver, tú; ¿qué cuarto tiene el militar?
QUICO. Este. El ocho. (Vase.)
VIRG. Se lo hago comer. (Entra en el cuarto número ocho.) Oiga usted, pillastre...

ESCENA XIV

CANUTO, en la escena. MARCELINA, LUISA y FELIPE, en el cuarto número once; después TÁRSILA, que viene del cuarto número cinco.

MARC. Deje usted que se disculpe.
LUISA. No; todo ha concluído entre nosotros. Adiós. (Dirigiéndose á la puerta de salida.)
FELIPE. No saldrás sin oirme. (Cortándole el paso.)

LUISA. ¡Ah! Por aquí. (Saliendo por la puerta de comunicación.)

TARS. (Saliendo: á Canuto) ¿Pero usted va á pasarse el día desnudo?

FELIPE. Luisa... (Trata de salir por la puerta del cuarto número once, y retrocede, cerrando al ver á Társila.) ¡Ah! ¡Mi madre otra vez!

CANUTO. Ni me acordaba.

TARS. Venga usted, y le explicaré mi plan...

LUISA. (Saliendo por el cuarto número diez y dirigiéndose á Canuto.) ¡Por Dios, caballero, no me niegue usted su apoyo!...

TARS. ¿Quién es esta joven?

CANUTO. La hija del señor coronel. Unos minutos; los precisos para adecentarme un poco, y...

TARS. Pues mi proyecto es el siguiente... (Entra con Canuto en el cuarto número cuatro, sin cerrar la puerta.)

ESCENA XV

DICHOS y SEVERINO; á poco VICENTE

MARC. ¡Ya! ¿Son ustedes novios?

LUISA. ¡Qué desengaño! ¡Infame! ¡Con lo que yo le quería!...

SEVER. (Saliendo del cuarto número ocho, ya vestido, con el casco en la mano, y hablando con Virgilio, que está dentro.) Aprenda usted educación, tío grosero. ¡Ah! Señorita, no sé cómo disculparme...

LUISA. ¿Ese casco?...

SEVER. ¿Lo conoce usted?

LUISA. Sí, señor. Pertenece á un militar que está ahí, en el once, en conversación con una mujerzuela.

SEVER. ¡Mil bombas! Así se corrompe el ejército; yo le daré su merecido.

LUISA. ¡Fuerte, fuerte!

SEVER. ¡A ver... canalla!... (Entrando en el cuarto número once con estrépito.)

FELIPE. (Cuadrándose.) (¡El coronel!)

MARC. ¡Severino!

SEVER. ¡Marcelina! ¿Tú encerrada con un soldado?

MARC. No vayas á pensar mal...

SEVER. ¿Qué carta es esa? (Arrebatándole la que le dió Canuto, que aún conserva en la mano.)

MARC. (¡Qué complicación!)

SEVER. (Leyendo.) «¿Me quieres?» Estas eran las misas.

FELIPE. (¡Cómo! ¿Mi carta? Me parte.)

MARC. Óyeme...

SEVER. Toda explicación está de más. (Guardándose la carta, y dando el casco á Felipe.) Tú, toma esto, y al cuartel volando. Ya te ajustaré yo las cuentas.

MARC. Escucha...

LUISA. (Al ver salir á Felipe.) ¡Castigo del cielo!

FELIPE. Moriré pensando en tí, Luisa. Soy inocente. (Vase por el foro.)

LUISA. ¿Qué dice? ¡Morir! ¡Era inocente!

SEVER. Entre nosotros, ya no existe nada de común. (Saliendo del cuarto número once.)

VIC. ¿Qué es esto, se va sin pagar?

MARC. Te seguiré. (Saliendo.)

VIC. (A Severino.) Con ropa, una peseta veinticinco.

SEVER. (Dándole un empellón.) ¡Que le pague á usted el demonio! (Vase por el foro.)

MARC. ¡Severino, Severino!... (Vase por el foro detrás de él.)

VIC. ¡Pues me gusta!...

LUISA. ¿Y mi padre?

VIC. ¡Qué sé yo! ¡Ah, sí! Estaba furioso, blandiendo un casco, y se fué al cuartel.

LUISA. (¡Jesús! Ha visto el casco de Felipe. Está perdido. Le hará formar un Consejo de Guerra.) (Entra llorando en el cuarto número cuatro.)

ESCENA XVI

LUISA; TÁRSILA y CANUTO, en el cuarto número cuatro. En la escena, VICENTE; LEÓN, entrando por el foro; despnés NENAY

VIC. Esto es peor que la moneda falsa.

CANUTO } TARS. } ¿Eh?

LUISA. ¡Me lo fusilan!

LOS DOS. ¿A quién?

LEON. ¡No hay tiempo que perder! ¿Y mi sombrero? ¿Ha visto usted mi sombrero?

VIC. ¡Para sombreros estoy yo!

LEON. Algún guasón me lo habrá escondido. ¡Pues lo reviento! (Entra en el cuarto número nueve, que ve abierto.)

LUISA. Y es mi novio, y le quiero mucho. Hay que impedirlo. Acompáñeme usted al cuartel.

CANUTO. Si yo no le conozco...

LUISA. Ya preguntaremos allí. Se llama Felipe Cortina.

TARS. ¿Qué?

LUISA. Y Correa, y es de Albacete.

TARS. ¡Ay... ay!... (Accidentada.)

TODOS. ¡Señora!...

TARS. ¡Es mi hijo, mi hijo amando sacrílegamente!...

LUISA. ¡Su hijo!

CANUTO. ¡El cura!

TARS. ¡Madre infeliz! (Se desmaya en brazos de Canuto.)

LEON. (Saliendo del cuarto del número nueve y entrando en el cuarto número cinco, que está también abierto.) ¡Como yo averigüe quién ha sido!...

LUISA. ¡No perdamos tiempo!

CANUTO. ¿Y dónde dejo yo este fardo?

LUISA. ¡Si llegásemos tarde!...

LEON. (Saliendo del cuarto número cinco con el sombrero apabullado.) ¡Me lo han hecho una tortilla! (Viendo á don Canuto, que está en el cuarto número cuatro.) ¡Ah, don Canuto! (Risueño, hasta que ve á Társila.)

CANUTO. (¡El marido... el Agente... el tuerto!
LEON. ¡Qué veo! ¿Társila en sus brazos? ¡Por fin, voy á reventar á uno! (Entra en el cuarto número cuatro.)
CANUTO. (¡No será á mí!) (Le echa á su mujer encima, y sale corriendo del cuarto número cuatro.)
NENAY. Pero este don León, ¿dónde se ha metido?
LUISA. ¡Ah! ¿Vamos? (Cogiéndose á Canuto.)
CANUTO. A paso de carga.
NENAY. ¡Canuto! ¿Tú aquí con una mujer del brazo?
CANUTO. ¡Nenay!... ¿y el Agente?... Ya hablaremos. Tengo que ir al cuartel de caballería.
NENAY. ¡Te sigo, monstruo! (Se pone el sombrero, y se va tras él.)
LEON. (Zarandeándola.) ¡Társila, si no vuelves en tí, te deslomo!
TARS. (Incorporándose.) ¡Oye, bárbaro!
LEON. No oigo nada, ven. (Arrastrándola.)
TARS. ¡Qué tenazas!
LEON. (Saliendo con Társila del cuarto número cuatro.) ¡Don Canuto!... ¿Dónde está don Canuto?
VIC. Se ha ido al cuartel de caballería.
LEON. Pues allá vamos todos. Aprieta el paso. (Vase con Társila por el foro.)
VIC. ¡Señora!... Una peseta veinticinco...

ESCENA ÚLTIMA

VICENTE; VIRGILIO, que sale del cuarto número ocho, con el sombrero puesto, todo mojado, y con el traje hecho una sopa.

VIRG. ¿Y mi hija?
VIC. ¡Eh! ¿Qué es eso?
VIRG. Una gracia del coronel, que me ha zambullido en el baño, vestido y todo.
VIC. ¡Jesús! Pues la niña se ha ido al cuartel.
VIRG. (Tras del soldado... Me mudo de ropa, y al cuartel, aunque me lleven en parihuela.) (Vase tambaleando y

arrojando agua por la boca. Vuelven á oirse dentro los gritos desaforados del señor de la ducha.)

VIC. ¡Anda!... Otra vez el de la ducha... Va á perforarlo como una criba. Só... Quico, só... ¡Alto el fuego! (Vase corriendo. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa un pabellón en el Cuartel de caballería. A la derecha del actor, una gran puerta de entrada. A la izquierda, dos más pequeñas: la del primer término, comunica con las habitaciones del coronel. La del segundo, conduce al pabellón de Oficiales. En los muros, panoplias con espadas y trofeos. En el foro, tomando todo el ancho de la escena, una galería, á la que se sube por un graderío, y sobre cuya meseta se levanta una baranda de balaustres muy macizos y de una altura conveniente para que una persona á caballo no deje ver por encima de ella más que el busto. En último término, el patio del cuartel.

ESCENA PRIMERA

EL PADRE RUPERTO, EL CAPITÁN MOLINA y EL TENIENTE RUIZ; á poco, EL CAPITÁN AYUDANTE URQUIJO. Todos de uniforme.

RUIZ. Sobre todo, Padre, las misas cortas.

MOLINA. Sí, sí. Con su antecesor de usted, no nos quedaba domingo para nada.

RUP. Creo que el pobre estaba reumático.

MOLINA. Y además era tartamudo.

RUIZ. Tenía repetición.

RUP. Procuraré complacer á ustedes; pero no hay que olvidar que puede darse al César, lo que es del César y á Dios, lo que es de Dios.

RUIZ. No, no; si nosotros tenemos creencias, y...

MOLINA. ¡Vaya! Sino que, como gente acostumbrada á ir á caballo, nos gusta andar aprisa.

RUIZ. Y á propósito de prisas: Me extraña que tarde tanto el coronel.

MOLINA. Desde hace unos días, está como desarzonado. Se le aflojan las ayudas.

RUIZ. Es verdad. Entra y sale á deshora.

MOLINA. No baja apenas de su pabellón; él, tan comunicativo con nosotros...

RUIZ. ¡Ah! ¡Un caballo! (Oyendo las pisadas de caballo y mirando hacia la galería.)

MOLINA. ¿Será él?

RUP. Es decir, el que lo monta.

RUIZ. No; no se mandó ensillar.

RUP. (Aparte.) (¡Qué estilo!)

MOLINA. ¡El Ayudante Urquijo! (Viendo á Urquijo que aparece montado, por detrás de la balaustrada, y que se detiene un momento.)

URQ. ¡Señores, felices!

TODOS. A la orden, mi capitán.

URQ. ¿Ya saben ustedes que hoy tenemos instrucción á las cuatro?

MOLINA. Sí, señor; pero estamos esperando al coronel con el nuevo Padre capellán, que viene á hacer su presentación.

URQ. ¿Y qué tal tipo es? ¡Barbián!

RUP. (Aparte.) ¡Barbián!

MOLINA. ¡Mírelo usted!... ¡Muy simpático!... (Exhibiéndolo.)

RUIZ. Mucho.

URQ. Pues ahí voy á apretarle los nudillos (Desaparece por la derecha.)

MOLINA. Verá usted que andaluz tan *echao pá lante*.

RUIZ. Algo montés.

RUP. ¿Arisco?

MOLINA. No; que le gusta la talla. (Por el juego del monte.)

RUP. ¿Es escultor?

RUIZ. Cuando no se echa al golfo.

RUP. ¡Ah! ¿También navega?

MOLINA. ¡Qué largo es el Padre! (Los Oficiales se ríen.)

RUP. (Aparte.) ¿Por qué seré yo largo?

URQ. (Entrando por el pabellón de Oficiales y encarándose con el Padre Ruperto.) ¡Buena estampa!

RUP. ¡Señor capitán!...

URQ. (Saludando.) Padre capellán, tanto gusto en conocer á usted.

RUP. Lo mismo digo.

URQ. En nosotros, verá usted siempre mucho respeto á las cosas divinas; pero en las humanas, por Dios, no nos salga usted duro de boca.

RUP. ¿Cómo?

URQ. Que aunque le dé usted á la manga (algunos centímetros más, de lo que prescribe el Reglamento, no importa. Cuanto más ancha, mejor.)

RUP. Haré que me saquen las costuras.

MOLINA ¿Qué tal? (Todos ríen de lo que creen un chiste del Padre Ruperto.)

URQ. De órdago. Usted, ¿qué gracia tiene?

RUP. ¿Yo? Ninguna. Soy un infelizote.

MOLINA. Ya se vé. Pero en fin... ¿Cómo se llama usted?

RUP. Ruperto.

URQ. Pues, Padre Ruperto, aquí tenemos montada una banquita donde los oficiales traen sus ahorros.

RUP. ¿Una especie de Montepío? Bien.

RUIZ. (Riendo.) Eso es.

URQ. Digo... ¡Qué punto!

RUP. Pues, nada; cuenten ustedes con mis economías.

URQ. ¡Caballeros!... ¡Este nos copa á todos!

ESCENA II

DICHOS; MARCELINA y NENAY, por la puerta de entrada de la derecha.

MARC. Ven, pasaremos por aquí, es más corto.

MOLINA. ¡La coronela!

NENAY. (Aparte.) (¡Cuánto oficial!)

MARC. ¿No han visto ustedes á mi marido?

URQ. Aún no ha vuelto; y le esperamos con impaciencia, porque está aquí el señor capellán que viene á presentarse.

RUP. (Saludando.) ¡Señora!...

MARC. ¡Servidora de usted!

NENAY. (Aparte sobrecogida.) (¡Qué veo! ¡Ruperto!...)

RUP. (Aparte.) (¡Dios mío! ¡Nenay!)

MOLINA. Si desea usted que vayan en su busca...

MARC. Gracias, no es necesario. Venía delante de mí; pero esta... amiga, á quien encontré al paso, me ha ofrecido su coche y hemos llegado antes que él.

NENAY. (Aparte.) (No me atrevo á levantar los ojos.)

RUP. (Aparte.) (Mañana cambio de regimiento.)

URQ. ¿Tiene usted alguna orden que darnos?

MARC. Suplicar á ustedes, que si entra el coronel, por el pabellón de oficiales, le digan que le aguardo aquí.

URQ. Quedará usted servida.

TODOS. (Saludando.) ¡Señoras! (Vanse por el pabellón.)

ESCENA III

NENAY y MARCELINA

NENAY. Marcelina, me vas á permitir que te deje.

MARC. ¡Cómo! ¿Irte sin haber arañado á tu marido? ¿A un marido que debía estar en Madrid y á quien sorprendes en unos baños dando el brazo á otra mujer que la suya?

NENAY. Ya le veré en casa; allí me desahogaré.

MARC. ¡Sola! ¿Sin mí, y sabiendo que se trata del mismo que invadió mi cuarto, para entregarme aquella carta que ha despertado las sospechas de ese Otelo disfrazado de coronel? ¡También á Severino, le pondré yo las peras á cuarto! ¡Dudar de mí!...

NENAY. Créeme; no me puedo detener. No había pensado que me aguarda el Agente para firmar la escritura. ¿No habría medio de salir sin que me vieran?

MARC. Por aquí, por mis habitaciones ó por el pabellón de oficiales.

NENAY. No, por ahí, no; es precisamente lo que trato de evitar.

MARC. Pero... entendámonos. Esa emoción coincide con el sobrecogimiento que noté en tí al entrar.

NENAY. Te equivocas.

MARC. No me engañas; yo también me he sobrecogido más de una vez. Aquí hay gato encerrado.

NENAY. Te aseguro...

MARC. Alguno de estos oficiales que te ha conocido en Filipinas.

NENAY. ¡No!

MARC. Voy á interrogarles.

NENAY. Espera, no vayas. Prefiero contártelo todo.

MARC. ¡Enhorabuena!

NENAY. Figúrate que siendo aún muy niña, conocí en Manila á un muchacho tímido, bondadoso, angelical que, enamorado de mí y correspondido en su afecto, quiso casarse conmigo.

MARC. ¡Ya pareció el gato!

NENAY. Sus padres se opusieron tenazmente á nuestro casamiento, y él, obediente, pero fiel á su cariño, juró no ser nunca de otra, y... se hizo cura.

MARC. ¡Resolución heróica!

NENAY. Que yo he debido seguir.

MARC. ¡Cómo! ¿Tú también querías cantar misa?

NENAY. Ya me entiendes. He hecho traición á mis juramentos,

y me he casado; mientras que él, ávido de peligros y llevando hasta el heroísmo su sagrada misión, se afiliaba al clero castrense.

MARC. Eso se llama cortar por lo sano.

NENAY. Juzga, pues, de mi asombro cuando, al entrar aquí, he reconocido á Ruperto en ese joven que venía á presentarse al coronel.

MARC. ¿El Padre capellán?

NENAY. Sí. Ya ves qué situación; porque todo aquello ya se acabó, es verdad. Él es un sacerdote, y yo una mujer casada; pero es desagradable encontrarse frente á frente...

MARC. Tienes razón.

NENAY. Así, pues, voy á ultimar ese asunto y volveré en seguida; porque la presentación no será larga, y ya se habrá ido.

MARC. Ven, pasarás por mis habitaciones.

VOZ. (Dentro.) «¡Guardia al señor coronel!»

MARC. ¡Ah! ¡Mi marido!

NENAY. Que no me vea.

MARC. Pero yo no puedo acompañarte. Me urge hablar con él.

NENAY. Los criados me indicarán la salida.

MARC. Como quieras.

NENAY. ¡Adiós! (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

MARC. ¡Qué revelación tan inesperada! El hecho no tiene nada de particular en sí, y, no obstante, sorprende. ¡Ah! El indio bravo. (Viendo entrar á Severino.)

ESCENA IV

MARCELINA; SEVERINO, que entra preocupado, sin reparar en Marcelina, por la puerta de entrada de la derecha.

SEVER. (Al verla.) ¡Marcelina! (Enarbolando una silla.)

MARC. ¡Severino! (Blandiendo otra silla.)

SEVER. ¡Eh! ¿Qué es eso?

MARC. Nada; que puedes preguntar; estoy dispuesta á contestarte.

SEVER. ¿Ves este revólver? (Sacando uno.)

MARC. Sí, es el tuyo; le conozco. Apunta, pero no hace nunca fuegó contra las personas indefensas.

SEVER. (Aparte.) (Me ha cogido por el flaco; la hidalguía.) (Alto.) Bueno; me lo guardo, pero aquí lo tengo.

MARC. Para mí, como si no tuvieras nada.

SEVER. ¿A qué ha ido ese soldado á los Baños de Oriente?

MARC. A ver á su novia, según me ha dicho.

SEVER. ¿Y cómo es que estaba en tu cuarto?

MARC. Porque entró por el contiguo buscando un casco que no encontraba.

SEVER. ¡Ah! Ya. El que yo le entregué al sorprenderos. Es posible. A otra cosa. ¿De quién procede esta carta? (Enceñando la que le arrebató á Marcelina.)

MARC. De un hombre que invadió mi cuarto, y que por las trazas, se entretiene en perseguir á cuantas mujeres ve.

SEVER. (Amenazador.) ¡Su nombre!

MARC. Canuto.

SEVER. ¡Canuto! Pues ya tiene donde meter la licencia absoluta que le voy á dar. ¿Tú le conoces?

MARC. Hoy le he visto por la primera vez; pero me basta para odiarle el saber que es el verdugo de Nenay.

SEVER. ¿Y quién es Nenay? Porque aquí estoy, como los perros, haciendo el camino cien veces.

MARC. Pues bien, sábelo todo. Nenay es la persona en busca de la cual he ido á esos Baños recatándome de tí.

SEVER. ¿De mí? ¿Por qué?

MARC. Porque habiéndome prohibido toda comunicación con mi hermana desde que salimos de Manila á los pocos días de casados, no podía decirte, sin prepararte, que me llevaba á ese establecimiento un asunto directamente relacionado con ella

SEVER. ¡Voto al caballo de copas! ¿Y tú te has permitido...?

MARC. Luégo renegarás cuanto te dé la gana; ahora, escucha.

SEVER. Sentémonos. (Se sienta.)

MARC. (Se sienta.) La pobre Rosa, que, como sabes, quedó

viuda muy joven, tuvo la desgracia de enamorarse de un malvado cuyo nombre no me dice mi hermana en su carta, pero que Dios le libre de ponerse á tiro, porque le saco los ojos.

SEVER. (Aparte retirándose.) ¡Demonio! (No sé por qué estoy por volverme de espaldas.)

MARC. Sensible é inexperta, le hizo á aquel hombre el sacrificio de su honra, sin imaginar que la pasión que ella experimentaba, no tenia en él más alcance que el de un frívolo pasatiempo. (Pausa.) ¡Pillo!

SEVER. ¿Yo?

MARC. No; me refiero al otro.

SEVER. (Aparte.) (Se me está poniendo carne de gallina.)

MARC. No bien hubo satisfecho su torpe apetito aquel infame, no volvió á verla, y de la noche á la mañana concertó su boda con otra mujer.

SEVER. (Aparte.) (Es mi propia historia.)

MARC. La pobre Rosa se impuso el sacrificio del silencio para no hacer desgraciada á una niña inocente, por quien sentia el más desinteresado de los afectos.

SEVER. (Con temor, poniéndose la mano delante de los ojos.) ¿Y tú, no sospechas quién puede ser?

MARC. Hubo tantos casamientos por la misma época... ¿Por qué te pones la mano delante de los ojos?

SEVER. Para precaverme de los rayos... solares.

MARC. Y dejó que se casaran, y asistió á la boda con la sonrisa en los labios, sin que el vil seductor sospechara siquiera que su infeliz víctima no había de ser la única en llorar su abandono.

SEVER. (Con espanto.) ¿Qué?

MARC. Rosa fué madre.

SEVER. ¡Dios mío! ¡Padre!

MARC. Madre.

SEVER. ¡Digo, padre desnaturalizado!

MARC. De una niña angelical.

SEVER. ¡De una niña! ¡Tanto que á mí me gustan! Pero yo ignoraba mi felicidad.

MARC. ¿Tu felicidad?

SEVER. Es decir, la desgracia de Rosa, que para nosotros es una dicha, porque no teniendo hijos... Voy á escribirle en seguida que nos la mande.

MARC. (Aparte.) (¡Qué buen corazón el suyo!)

SEVER. Por el primer vapor.

MARC. No hay necesidad. Nenay está aquí.

SEVER. ¿Se llama Nenay? ¿Y está en Valencia?

MARC. Sí. Hoy mismo la verás.

SEVER. ¿Hoy mismo?

MARC. Pero no te des por entendido ni la nombres, si por casualidad te encuentras con ella, sin estar yo presente; porque Nenay no sabe nada.

SEVER. ¿Han descuidado su educación?

MARC. No, hombre; que se cree hija del marido de su madre.

SEVER. ¡Ya! No temas. Callaré. Dí: ¿la prohijaremos?

MARC. Te lo iba á proponer.

SEVER. ¡Qué buena eres! En seguida tomo el retiro para no ocuparme más que de su felicidad.

MARC. Bien lo necesita.

SEVER. ¿Cómo?

MARC. Más valiera que la hubiesen dejado casarse con el cura.

SEVER. ¡Casarse con un sacerdote!

MARC. ¡Figúrate...! (Voces dentro, de los Oficiales.)

SEVER. ¡Ah! Los oficiales. Vete. Los despacharé pronto, para que hablemos de ella.

MARC. (Aparte.) (He ganado mi causa.) (Vase por la primera puerta de la izquierda á sus habitaciones.)

SEVER. ¡Pobre Rosa! Me he portado con ella como un herrador; pero en fin, tengo una hija á quien resarciré de la conducta pedestre que he observado con su madre.

ESCENA V

SEVERINO y URQUIJO; después FELIPE

URQ. (Saliendo por la segunda puerta de la izquierda.) ¡Buenas tardes, mi coronel!

SEVER. ¿Hay algo de nuevo, ayudante?

URQ. La llegada del Padre capellán, que pide permiso para presentarse á usted.

SEVER. La ocasión es poco favorable; pero, en fin, le diré buenos días, y adiós. ¡Ordenanza! (Llamando.) Ganemos tiempo.

FELIPE. (Apareciendo por la segunda puerta de la izquierda.) ¡A la orden de usía.

SEVER. Que abran la capilla, y avise usted para ir á acompañar al Padre á que reviste los ornamentos. (Vase Felipe por el mismo sitio que salió.) ¿Y qué tal es?

URQ. ¡Dios me perdone si le calumnio; pero me parece muy corrido!

SEVER. ¿De veras?

URQ. Usted verá cómo, con su airecito meloso, le acusa las cuarenta á todo el regimiento.

SEVER. Dígale usted que entre, y le echaré un tute... una filípica.

URQ. ¡Ya! (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

SEVER. Se me va el santo al cielo pensando en mi hija. ¡Qué original! Tengo la costumbre de llamar hijos míos á los soldados, que son centenares de hombres, y nada, no me produce ningún efecto. Digo «hija mía,» que no es más que una, y se me llena la boca.

ESCENA VI

SEVERINO; EL PADRE RUPERTO, que sale por la segunda puerta de la izquierda.

RUP. ¿Da usía su permiso?

SEVER. Adelante. (Aparte.) Efectivamente, tiene trazas de marrajo.

RUP. He llegado esta mañana, y vengo á ponerme á las órdenes de usía.

SEVER. Puede usted apear el tratamiento.

RUP. Mil gracias.

SEVER. No hay de qué. Ahora mismo le llevarán á usted á hacerse cargo de los objetos del culto. Pues, para abreviar, yo no conozco más que la Ordenanza; por consiguiente, exijo que cada cual cumpla con su deber.

RUP. Ese es el camino derecho.

SEVER. Pero que no todos siguen. A los oficiales les permito alguna expansión, con tal de que no redunde en desdoro del uniforme; pero con el capellán, soy inexorable. Así, pues, nada de juegos, ni de palabrotas, ni de conversaciones picantes. Un Padre no debe ocuparse más que de sus hijos.

RUP. (Extrañado.) ¡Mi coronel!...

SEVER. (Aparte.) ¡Qué barbaridad! (Alto.) De sus hijos espirituales.

RUP. Esas son mis ideas; y miraría como una honra, inmerecida para mí, el pertenecer á un regimiento mandado por tan digno jefe. Pero, por desgracia, me veo en la precisión de solicitar una permuta.

SEVER. ¿Y eso, está usted descontento de los oficiales?

RUP. Me parecen todos excelentes personas.

SEVER. ¿No le prueba á usted este clima?

RUP. Hoy por primera vez, después de muchos años, no se me ha agriado el chocolate.

SEVER. ¿Pues, entonces?...

RUP. Ni debo mentir, ni puedo ocultarle la verdad á mi superior jerárquico. Yo he abrazado la carrera de la Iglesia á consecuencia de una pasión contrariada.

SEVER. ¡Hola!

RUP. Pasión que, naturalmente, y con el auxilio de la Providencia, he olvidado en absoluto en el ejercicio de mi sagrado ministerio.

SEVER. (Aparte.) Para quien te crea.

RUP. Mis padres, de quienes he heredado estos altos ejem-

plos de virtud, no permitieron mi boda, porque se trataba de una hija natural.

SEVER. Mal hecho. ¿Qué culpa tienen esas infelices criaturas de las torpezas ajenas?

RUP. Hay que respetar hasta en sus errores á los que nos han dado el sér. En fin, lo positivo es que, al llegar aquí, me he encontrado frente á frente con aquella especie de súcubo que amenazó separarme de la verdadera senda, en los primeros años de mi juventud, perdidos para Dios en Manila.

SEVER. (Comprendiéndolo todo.) ¡Manila! ¡Una hija natural! ¡Un cura! ¡Nenay!...

RUP. (Aterrado.) ¿Qué?

SEVER. ¿Se llama Nenay?

RUP. ¿Quién le ha dicho á usted...?

SEVER. ¡Es ella!

RUP. ¡Por la Vírgen Santísima!

ESCENA VII

DICHOS; FELIPE, por la segunda puerta de la izquierda; á poco TÁRSILA y LEÓN, por la puerta de entrada de la derecha.

FELIPE. La capilla está abierta, mi coronel.

SEVER. Quiero que usted me explique...

RUP. Delante de gente, no.

SEVER. Se irá.

RUP. Ahora estoy muy conmovido. Luégo.

SEVER. Bien. Que le acompañe á usted el ordenanza; pero vuelva usted pronto.

RUP. (Aparte. Yendo hacia el pabellón á reunirse con Felipe, á cuyo lado debe encontrarse á la aparición de León y de Társila.) ¡Qué vergüenza! ¡Mi secreto divulgado!...

LEON. *¡Ven! (Aparece tirando de su mujer.)

SEVER. (Al Padre Ruperto.) Que no vaya usted á tardarme.

TARS. (Reconociendo á Felipe.) ¡Jesús! ¡Mi hijo!

SEVER. ¿Eh?

LEON. ¿Él aquí?

FELIPE. (Aparte) ¡Mis padres! ¡Buena la hemos hecho! (Se va con el Padre Ruperto por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII

SEVERINO, TÁRSILA y LEÓN

TARS. ¡León!... ¡Nuestro hijo!

LEON. ¡Silencio, Társila!

SEVER. ¿Su hijo de ustedes?

TARS. Sí, señor.

SEVER. ¿Pero quién? ¿El cura?

TARS. ¡Cómo! ¿Usted sabe...? ¡Ay! ¡Por desgracia no lo es!

SEVER. ¿Que no es hijo de ustedes? ¿En qué quedamos?

LEON. No, señor, que no es cura, afortunadamente.

SEVER. ¿Usted se burla de mí? ¿Pues no le he visto yo con las insignias de su carácter sacerdotal?

TARS. Y yo también; pero me engañaba.

SEVER. ¡Mil bombas! ¡Entonces es un farsante!

LEON. Mire usted si está lejos de la iglesia, que tiene una novia.

SEVER. Con la que ustedes no han dejado que se casara. .

LOS DOS. ¿Nosotros?

SEVER. Porque es una hija natural.

LEON. Señor, si ni siquiera la conocemos.

TARS. Yo la he visto una sola vez, y ni sé cómo se llama.

SEVER. Pues es una alhaja el mozo. Él mismo me ha referido esa historia. ¿Qué fin se propone?

TARS. No tengo más noticias suyas, sino que es hija de un coronel.

SEVER. Precisamente.

TARS Y eso porque me lo ha contado don Canuto.

SEVER. ¡Canuto! (¡El de la carta!)

LEON. ¡Canuto!... Un prójimo en busca del cual vengo aquí, con permiso de usted, para romperle el bautismo.

SEVER. Se contentará usted con la confirmación, porque el bautismo, soy yo quien se lo rompe.

TARS. León...

LEON. Permita usted, yo le he sorprendido abrazando á Társila.

TARS. Ya te he dicho que me desmayé...

SEVER. Esta señora, está asegurada de incendios.

TARS. Poco á poco. Aún puedo arder.

SEVER. (Aparte.) Untada con petróleo, no digo que no.

TARS. En cólera si me excitan. ¡Vaya!

LEON. Társila, respeta al ejército.

SEVER. He querido decir, que tiene usted cara de buena.

TARS. ¡Y lo soy!

SEVER. ¡Pues en paz!

ESCENA IX

DICHOS; MARCELINA, que sale por la primera puerta de la izquierda.

MARC. ¡Ah! ¿Estorbo?

SEVER. ¡Nada de eso; adelante!

TARS. ¡Cómo! ¿Usted aquí?

MARC. (Aparte.) (¡Adiós! ¡Esta va á complicar el asunto!)

TARS. ¡Cuánto me alegro de encontrarla á usted!...

SEVER. ¿Se conocían ustedes ya?

TARS. Nos hemos visto esta mañana por primera vez, en circunstancias excepcionales.

SEVER. ¿Qué?

TARS. Tengo que pedirle á usted mil disculpas...

MARC. (Haciéndole señas.) No hay necesidad; no hablemos más de ello....

SEVER. (Aparte á Marcelina.) ¿Por qué le haces señas? ¡Te lo prohibo!

MARC. ¿Yo?... (Aparte.) (Otro ataque de hidrofobia.)

SEVER. ¿Conque en circunstancias excepcionales?

TARS. Sí, señor; en los Baños.

SEVER. ¿De Oriente?

TARS. ¡Justo! Figúrese usted, que ¡invadí el cuarto de esta señora, cuando estaba bañándose con su marido.

MARC. No, bañándome, no.
TARS. Ó disponiéndose á ello.
LEON. ¡Qué plancha!
SEVER. ¿Con su marido?
TARS. Él dijo que era coronel.
SEVER. ¡Aquí no hay más coronel que yo!
TARS. ¡Hombre! ¿Usted qué ha de ser el coronel?
SEVER. ¡Pues me gusta!
LEON. No disparates más. Este caballero es coronel de caballería, y aquél lo será de otra arma cualquiera.
TARS. De carabineros, tal vez.
SEVER. Esos persiguen el contrabando; no lo hacen.
TARS. ¡Ay! ¿A que he cometido una barbaridad?
MARC. Mejor hubiera usted hecho quedándose en los Baños con el seductor de Canuto.
LEON. (Iracundo.) ¡Canuto! ¿Lo ves? ¡Venme con desmayos!...
TARS. ¡León!
SEVER. (A Marcelina.) ¡Mesalina!
TARS. ¡Ay! Vámonos.
SEVER. Hasta que yo aclare la verdad, no. Voy á interrogar á mi mujer.
TARS. ¡Su marido!
SEVER. ¡Urquijo! (Llamando al ayudante, que se presenta por la segunda puerta de la izquierda.)
LEON. Le reviento; y á tí también.
SEVER. Que les enseñen el cuartel á estos señores, en toda su extensión, y que no los dejen salir sin orden mía.
LEON. Es que yo...
SEVER. Andando...
TARS. Pero...
SEVER. ¡A ver las cuadras! (León y Társila, salen empujados por Severino y Urquijo, por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA X

MARCELINA y SEVERINO. Al final, CANUTO, por la puerta de entrada, primera de la derecha.

SEVER. Ahora nosotros.

MARC. Dios me dé la paciencia que necesito.

SEVER. El ordenanza del casco, uno; el Tenorio de la carta, dos; el coronel... de carabineros, tres.

MARC. Tres personas distintas y un sólo imbécil verdadero.

SEVER. Menos paja, y al grano. ¿Quién es ese hombre?

MARC. ¿Qué sé yo?

SEVER. ¿Pues por qué dijo que era coronel?

MARC. Sin duda apeló á ese subterfugio para salvar mi decoro delante de aquella gente.

SEVER. ¿Y es para salvar tu decoro para lo que entró en tu cuarto?

MARC. Entró por la puerta de comunicación llamado por mí, no atreviéndome á salir por la del patio, temerosa de que me vieras.

SEVER. No encuentro la lógica. El temor de que yo te viera, no es razón para que tú quisieses ver á un vecino que tomaba el baño.

MARC. Es que me sentí indispuesta.

SEVER. ¡Bah! ¿Indispuesta tú, que te comes, sin que se te indigesten, los melocotones con hueso?

MARC. Pues sí, me emocioné mucho al oir tu voz, sospechando que traducirías mal mi presencia en el establecimiento.

SEVER. Yo no traduzco nada; no conozco más lengua que la mía.

MARC. Ya lo sé. Pero yo tampoco tengo la culpa de lo que ocurre, y sin embargo, toco las consecuencias. Es imposible seguir viviendo así. Ser buena, y verse tratada como una perdida, es el mayor insulto que puede hacérsele á una mujer.

SEVER. Pues justifícate.

MARC. No tengo de qué justificarme. Me voy. (Yéndose hacia sus habitaciones.)

SEVER. ¡Marcelina!... (Se oye la voz de Canuto dentro, que sale de espaldas, como quien habla con una persona. Al oirlo Marcelina, se vuelve.)

CANUTO. (Saliendo por la puerta de entrada de la derecha.) No hay nadie; puede usted entrar.

MARC. (Volviéndose, y dirigiéndose á Severino.) ¡Esa voz!... (Aparte á Severino.) ¡Ah! Ahí tienes al caballero de la carta.

SEVER. (Colérico.) ¿Ese?

MARC. Que te explique él... (Se va á sus habitaciones por la primera puerta de la izquierda.)

CANUTO. (Al paño.) ¿Prefiere usted esperar fuera? Bueno.

ESCENA XI

CANUTO y SEVERINO

SEVER. (Aparte.) (Lo que es las orejas, se las corto.)

CANUTO. ¡Ah! ¿Es al señor coronel á quien tengo el gusto de dirigirme?

SEVER. El gusto es mío.

CANUTO. De los dos, entonces. ¡Qué calor!

SEVER. Ahora se refrescará usted. ¡Urquijo, Urquijo! (Llamándolo.)

CANUTO. ¡Tanta molestia!... (Aparte.) Es muy afectuoso. Me vendría bien un helado.

SEVER. (Aparte á Urquijo, que aparece por la segunda puerta de la izquierda.) (¡Dos espadas de combate!)

CANUTO. (Aparte.) Aunque fuera horchata...

SEVER. (Alto á Urquijo, que se iba.) ¡Ah! Urquijo, con punta.

CANUTO. (Aparte.) ¿Con punta? ¡Sorbete! (Vase Urquijo.)

SEVER. ¿Usted se llama Canuto?

CANUTO. Cómo, ¿me conoce usted?

SEVER. De reputación.

CANUTO. Soy el mismo, efectivamente.

SEVER. Pues dentro de poco, no parecerá usted el mismo.

CANUTO. ¿Por qué?

SEVER. Porque voy á dejarle á usted sin asas ese puchero que tiene usted por cabeza.

CANUTO. (Aparte.) ¡Qué barbaridad! Vengo huyendo de un León, y me encuentro con un tigre.

SEVER. (Tomando las espadas que trae Urquijo, y ofreciéndole una.) Tome usted.

CANUTO. A mí se me figura que debería usted empezar por explicarme este logogrifo.

SEVER. (Aparte, dejando las armas sobre la mesa.) (Tiene razón.) (Alto.) Urquijo, puede usted retirarse; pero esté alerta con tres oficiales más, porque barrunto faena larga. (Vase Urquijo por la segunda puerta de la izquierda.)

CANUTO. (Aparte, contemplando las espadas.) (¿Estará loco? Y sin punta que sirven aquí los sorbetes.)

SEVER. Yo lo sé todo.

CANUTO. ¿Sí? Pues, hombre, dígame usted el número del premio gordo de Navidad, y partiremos.

SEVER. ¡En dos le parto yo á usted si me viene con cuchufletas! ¿Usted le ha dado esta carta á una señora? (Enseñándole la que lleva consigo.)

CANUTO. ¿A ver? ¡Ah, sí, señor.

SEVER. ¿Sí, eh? ¡Urquijo!...

CANUTO. ¡Calma, no pida usted el refresco todavía!

SEVER. Pues hable usted.

CANUTO. Esta carta se cayó del sombrero de un prójimo que, por una serie de circunstancias, creía yo que le hacía la corte á mi mujer; al irlo á descolgar de la percha del cuarto en que ella se bañaba.

SEVER. ¿Pero es que se había puesto á secar?

CANUTO. ¿Quién?

SEVER. El prójimo que estaba colgado en la percha.

CANUTO. No: lo colgado era el sombrero. Suponiéndolos juntos, penetré en el cuarto, y me encontré de manos á boca con la coronela, pálida, pero guapa ella...

SEVER. (Aparte.) (¡Pálida! ¿Sería verdad lo de la indisposición?)

CANUTO. Y con su marido...

SEVER. (Movimiento brusco.) ¿Y le dió usted la carta sin más ni más?

CANUTO. Se la dí, porque por una analogía de nombres, vine en conocimiento de que era ella la destinataria, y creí evitarle un disgusto de ese modo.

SEVER. Pero, vamos por partes: ¿usted sabe quién es el autor de la epístola?

CANUTO. ¡Toma, San Pablo!

SEVER. ¿Otra vez? ¿El que ha escrito este billete, era un soldado de caballería?

CANUTO. ¿Uno que no encontraba su casco?

SEVER. Justo.

CANUTO. No. Ese andaba por allí en busca de su novia.

SEVER. ¿Entonces hay un cuarto? ¡El nombre de ese miserable!

CANUTO. León.

SEVER. ¿León?

CANUTO. Un señor de Albacete.

SEVER. ¿El marido de doña Társila?

CANUTO. ¡Hombre! ¡Usted podría dictar la *Guia oficial* de memoria! ¿Le conoce usted?

SEVER. Sí; es el padre del Padre.

CANUTO. ¡Cómo! No. El padre del padre sería el abuelo.

SEVER. El padre del cura.

CANUTO. ¡El cura! ¡Buen *peje*, según dicen! Novio por más señas de la hija del señor coronel.

SEVER. ¿Qué coronel?

CANUTO. El del baño.

SEVER. ¡Quiá! Ese hombre no es su padre.

CANUTO. Es posible; pero es coronel.

SEVER. Tampoco. Aquí no hay más coronel que yo.

CANUTO. Entonces, usted es el padre que buscamos.

SEVER. El mismo. (Aparte.) (Me vendí.) (Alto.) Ni una palabra delante de mi mujer.

CANUTO. (Aparte.) (¿De su mujer?) (Alto.) No tema usted, no la conozco.

SEVER. Sí, hombre; la coronela. (Aparte.) (Segunda barbaridad.)

CANUTO. (Aparte.) (¡Anda! ¡qué lío!) (Alto.) ¿La del baño? ¿Pues y el otro? El que estaba allí, ¿qué era?

SEVER. Cualquier cosa; mi cuñadito. Pero Marcelina ignora...

CANUTO. ¡Cómo Marcelina! ¿No se llama también Nenay?

SEVER. Usted confunde.

CANUTO. (¡Y yo que le dí la carta!... No hay duda; era para mi mujer.)

SEVER. Hábleme usted de ella.

CANUTO. ¿De Nenay?

SEVER. De mi hija.

CANUTO. ¡Ah! Pues nada; que la traigo casi desde los antípodas con este calor para entregársela á su padre.

SEVER. ¡Cómo! ¿Usted tenía el encargo de traérmela?

CANUTO. Por lo visto; á un coronel: en fin, á un padre que creíamos perdido

SEVER. ¿Entonces, usted viene de Manila?

CANUTO. (Aparte.) (Este señor lo sabe todo.) (Alto.) Acabo de llegar.

SEVER. ¿Y conoce usted á Rosa, á Rosa Bermúdez?

CANUTO. ¡Pues no he de conocerla, si es la madre de Nenay, y Nenay es...!

SEVER. Basta. ¿Qué más pruebas necesito? Dispense usted el recibimiento que le hice antes, y permita que le estreche entre mis brazos. (Abrazándole con efusión.)

CANUTO. ¡Que me ahoga usted!

SEVER. La emoción... la alegría...

CANUTO. (Aparte.) (¡Qué bruto! Le prefiero triste.)

SEVER. ¿Y la niña? ¿Dónde está la niña?

CANUTO. La niña no se atrevió á entrar por si había oficiales, y se quedó ahí fuera en conversación con un soldado.

SEVER. Que venga, que venga en seguida.

CANUTO. Voy por ella. (Aparte.) (¡Qué extremos para tan poca cosa! Pues si la recibe con un abrazo paternal, tísis segura. (Vase por la puerta de entrada.)

SEVER. Verla, aspirar su aliento, sentir su contacto y no po-

derla llamar hija mía, ni siquiera nombrarla para que no sospeche... No importa; me dominaré, pero me late el corazón como si tuviese dentro un corbacho dándome coces.

ESCENA XII

SEVERINO; CANUTO y LUISA, que salen por la puerta grande de entrada.

CANUTO. ¡Vamos! Aquí le tiene usted.

SEVER. (Aparte.) ¡Qué hermosa! Toda mi cara.

LUISA. ¡Pero si este caballero no es mi padre!... (Yéndose á mirar por las puertas mientras los otros hablan aparte.)

CANUTO. ¿Cómo que no?

SEVER. ¡Silencio!

CANUTO. ¿Por qué?

SEVER. Ella se cree hija del marido de su madre.

CANUTO. Ese es un error en que suelen incurrir algunos hijos.

SEVER. Ni una palabra imprudente, ó le hago á usted pisarse los sesos de un puñetazo.

CANUTO. (Aparte.) (¡Ya! Es una hija de matute. Con todo, ella dijo que su padre era el coronel. ¡Vaya, que no lo entiendo!

LUISA. Y, sin embargo, me habían dicho que estaba aquí.

SEVER. ¿Quién?

LUISA. Papá.

SEVER. Pero yo creía que usted no había tenido padre.

TODOS. ¿Qué?

SEVER. Es decir, que se había muerto antes de que usted naciera.

LUISA. Usted le confunde sin duda con el primer marido de mi madre. Yo soy hija de su segundo matrimonio.

SEVER. (Aparte.) (Ahora comprendo... No me previno Marcelina...)

LUISA. Mi padre vive; se llama Virgilio.

SEVER. ¡Ah! Sí; Virgilio. ¿No es un célebre novelista?

LUISA. No.

CANUTO. ¡Cómo novelista, hombre!

SEVER. Sí, señor; yo tengo un libro suyo que aún no he podido leer. ¿Cómo se titula? Hay algo de *ene*. La ene...

CANUTO. La Ene ida.

SEVER Justo; la Ene ida. Debe ser muy gracioso.

LUISA. Pues, no. Mi padre es catedrático de Psicología, Lógica y Etica.

SEVER. De pis... (Aparte.) (¡Cualquier día pronuncio yo eso!) ¡No me sacio de contemplar mi obra!... ¡Porque eso es obra mía!

LUISA. Y vengo en su busca, á fin de evitar una desgracia.

SEVER. ¿Una desgracia?... ¿Para tí?... ¿Para usted?... ¿Para quién?...

LUISA. Figúrese usted que, bañándome hace poco, mi padre ha sorprendido en mi cuarto...

VIRG. (Dentro.) ¡Hija desnaturalizada!

LUISA. ¡Él!

SEVER. ¡El del remojón!

CANUTO. (Aparte á Severino.) ¡El padre de su hija de uste!!

SEVER. (Aparte á Canuto acogotándole.) ¿Cómo, su padre?

CANUTO. Graduado, no efectivo.

SEVER. ¡Ah!

ESCENA XIII

DICHOS; VIRGILIO, que sale por la puerta de entrada.

VIRG. (Saliendo.) ¿Qué has hecho de mi honra?

LUISA. Se me enganchó en la sombrilla.

VIRG. (Amenazador, levantando la mano.) ¡Miserable!

SEVER. (Deteniéndole.) Esa mano quieta, ó se la corto á usted á cercén.

VIRG. ¡Pues me gusta! ¿No se contenta usted con la inmersión, que aún me prohibe que reprenda á mi hija?

SEVER. ¡Su hija! ¡Si vuelve usted á pronunciar ese nombre, le arranco á usted la lengua!

CANUTO. (Aparte.) (¡No va á dejarle ni un sentido!)

LUISA. ¡Por Dios!

VIRG. (Aparte.) (¡Qué dromedario!)

SEVER. ¡Usted no es su padre!

TODOS. ¿Eh?

SEVER. ¡Es su verdugo! ¡Sepamos qué es lo que viene usted á hacer aquí!

VIRG. ¡A pedir un castigo ejemplar, para un bribón que tiene usted en el regimiento!

LUISA. No le oiga usted... Es mi novio.

CANUTO. ¡El cura!

VIRG. ¿Qué cura ni qué...?

LUISA. Sí, papá; es el mismo.

VIRG. ¿Cómo el mismo?

LUISA. El de las alameditas de Serranos.

VIRG. ¿El que leía el *Breviario* del revés?

SEVER. Pero si no es cura.

LUISA. ¡Qué ha de serlo!...

VIRG. De modo que aquellas hopalandas eran un disfraz... ¡Pillastre!

SEVER. ¡Le prohibo á usted que insulte al ejército! ¡Ese prójimo es un mozo que le está toreando á usted con muchísima gracia, y desde ahora le tomo yo bajo mi protección.

VIRG. ¿Esto más?

SEVER. ¿Tú le quieres? (A Luisa.)

LUISA. ¡Mucho!

VIRG. (A Canuto.) (¡Y la tutea!)

CANUTO. ¡Vaya usted á saber por qué!

SEVER. Pues ha casarse en seguida.

VIRG. Poco á poco.

LUISA. ¿Pero por qué has de oponerte?

VIRG. Porque en mi hija no manda nadie, más que su padre.

SEVER. (Aparte.) (¡Otra vez!)

LUISA. Pero es tan injusta tu oposición, que el que verdade-

ramente procede como un padre, es este caballero.

SEVER. (Aparte, ébrio de gozo.) ¡La voz de la sangre!

VIRG. ¡Ven! (Tirando de su hija.)

SEVER. (Deteniéndola por la otra mano.) ¡Se va usted solo!

VIRG. Sígueme.

SEVER. Espera. (Entre los dos la llevan de un lado para otro, teniéndola cogida cada uno de una mano, hasta que Canuto se interpone.)

CANUTO. (Aparte.) (¡La descuartizan!)

LUISA. ¡Que me hacen ustedes mal!

CANUTO. Señores, basta. Estas disensiones entre cuñados...

SEVER. ¿Qué cuñados, ni qué niño muerto?

CANUTO. ¿Pues no dijo usted que era su cuñadito el que estaba en el baño con la coronela?

TODOS. ¿Eh?

SEVER. (Comprendiendo.) ¿Qué? ¿Este pichichi?... ¡Urquijo!... ¡Urquijo!... (Llamándole.)

VIRG. ¡Cómo! (A Canuto.) ¿Aquella señora, es la mujer de un energúmeno semejante?

SEVER. (A Urquijo, que ha salido por la segunda puerta de la izquierda.) ¡Dos espadas! (Urquijo recibe la orden, y se va.)

LUISA. ¡Ay! ¿Para qué?

CANUTO. (A Virgilio.) ¿A usted le gustan los sorbetes?

VIRG. Y á usted, ¿qué le importa?

SEVER. (Tomando las espadas de Urquijo, que ha salido con ellas, y se va por el mismo sitio.) ¡Uno de los dos, está de sobra aquí!

VIRG. Pues que usted lo pase bien.

SEVER. ¡Alto! (Cortándole el paso.)

LUISA. Pero, ¿por qué esa animadversión contra mi padre?

SEVER. (Aparte.) (Cada vez que oigo dar ese nombre... en vago, se me crispan los nervios.) ¿Qué hacia usted encerrado en aquel cuarto con mi mujer? (Alto, y dirigiéndose á Virgilio.)

VIRG. Pues asistirla, porque se sintió indispuesta, y pidió auxilio; y las obras de misericordia son catorce. La primera...

SEVER. Sí, las conozco. La primera, prudencia.

TODOS. ¿Eh?

SEVER. (Aparte.) (La tendré. Al fin y al cabo, es el marido de Rosa.) (Alto.) La segunda, justicia.

CANUTO. (Aparte.) (¡Qué bien recuerda el Catecismo!)

SEVER. (Aparte, dejando las espadas sobre la mesa.) (Seré justo, deponiendo las armas; porque veo que Marcelina me ha dicho la verdad.) (Alto.) La tercera...

CANUTO. Fortificación; digo... Fortaleza.

SEVER. (Aparte á Canuto.) (Sí, inexpugnable. En ella encerraré mi afecto paternal.) (Alto.) Y la cuarta.. ¿Qué es la cuarta?

CANUTO. El palmo.

ESCENA XIV

DICHOS y URQUIJO; á poco TARSILA y LEON, saliendo los tres por la segunda puerta de la izquierda.

URQ. La cuarta mayor, cincuenta y cuatro corridas en el golfo, mi coronel.

SEVER. Ya enseñó usted la oreja. ¿Qué hay?

URQ. Esos señores, que han terminado su visita, y piden permiso para que los deje usted salir.

SEVER. ¡Ah! ¿Quieren salir? Pues que entren.

URQ. ¡Adelante!

LEON (Saliendo.) ¡Qué olor tan rico!

TARS. (Aparte, viendo á Virgilio.) (¡Ay! El sobresaliente de coronel.)

LUISA. (Aparte.) (¡La madre de Felipe!)

CANUTO. (Aparte.) (¡El tuerto!)

LEON. ¡Don Canuto! (Precipitándose sobre él.)

TODOS. ¿Qué?

LEON. No le reviento á usted, porque me ha convencido Társila de que sería una injusticia; pero cuidado conmigo.

CANUTO. Pues... ¡ea! Que á mí también se me sube la mosca á las narices. ¿Qué necesidad tenía de usted mi esposa para tomar los baños?

TARS. Ha sido una mala inteligencia.

VIRG. (Aparte á Luisa.) ¿Tú entiendes algo?

TARS. Figúrese usted, que esa carta que recibió León... (Se queda dando explicaciones á Canuto.)

SEVER. (Iracundo.) ¡León! ¡El de la carta! ¡Es verdad... lo había olvidado! ¡Urquijo!... ¡Urquijo!... ¡Dos espadas!

URQ. ¿Aún? (Aparte.) (¡Va á haber que recurrir al Arsenal!) (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

SEVER. (A León.) ¡Diga usted, tío feo!...

LEON. ¡Coronel!...

SEVER. ¿Con qué derecho se permite usted escribir billetes incendiarios á mi mujer? (Enseñando la carta consabida.)

LEON. ¡Yo!...

TARS. ¡Cómo! ¿Tú? (Leyendo.) «¿Me quieres?» ¡Ay! ¡Si es la letra de mi hijo!

LUISA. Mi carta. Conozco su estilo.

SEVER. ¿Era para tí? (A Luisa.)

URQ. (Dándole tres espadas á Severino, que éste deja sobre la mesa.) Mi coronel, traigo tres, para que hagan siete y sea una Dolorosa completa.

SEVER. (Aparte á Urquijo.) Ya no hacen falta. Dígale usted al Padre, que venga al momento. (Vase Urquijo por la segunda puerta da la izquierda.)

TARS. (A Luisa.) ¿Conque va usted á ser mi nuera?

VIRG. Poco á poco.

LEON. Le pondremos un sustituto al chico.

VIRG. ¿Pero es que su padre no cuenta aquí para nada?

SEVER. (Aparte.) Yo lo deslomo.

LUISA. ¡Qué desgraciada soy!

SEVER. ¿Tú desgraciada? Ahora le llamaremos, y no sales del cuartel sin haberos casado.

TARS. No; no le llame usted. Yo no quiero ver á mi hijo.

LEON. Pero si al fin hemos de perdonarle.

TARS. Luégo. Ahora, ni dirigirle la palabra.

SEVER. Déjenlo ustedes á mi cuidado.

ESCENA XV

DICHOS; EL PADRE RUPERTO, que sale por la segunda puerta de la izquierda.

RUP. ¿Da usted su permiso, mi coronel?

SEVER. Adelante.

LUISA. (Aparte.) (¡Otro oficial!)

TARS. (Aparte.) (¡Qué aire tan tímido!)

SEVER. (Al Padre Ruperto.) ¿Usted sabe que por mucho menos de lo que ha hecho usted se le manda á presidio á un hombre?

RUP. (Después de mirar en torno suyo.) ¿Habla usted conmigo, señor coronel?

SEVER. No nos venga usted con farsas.

RUP. Le juro á usted á fe de Ruperto. .

VIRG. (Aparte.) (¡Pobre señor!)

TARS. (Aparte á León.) Delante de nosotros.

LEON. (Aparte á Társila.) Debe ser cosa grave.

SEVER. No se juega de ese modo con lo más digno de respeto. Quítese usted en seguida ese uniforme.

TODOS ¿Cómo?

CANUTO. (Aparte á los otros.) Lo degrada.

RUP. ¿Tampoco lo encuentra usted de Reglamento? Y, sin embargo, tengo la manga más ancha que usted.

SEVER. (Aparte.) (¡Qué tuno!) (Alto.) Fuera eso he dicho.

RUP. Obedezco. Ustedes dispensen. (Se empieza á quitar la levita del uniforme, que no llega más que á desabrocharse.)

TARS. (Aparte á los otros.) ¡Qué malas pulgas!

LEON. (Idem.) En la milicia, cartuchera en el cañón.

RUP. (Aparte.) (Señor, ¿qué habré yo podido hacer?)

SEVER. Si cierro los ojos y no doy parte, es, en primer lugar, porque le abona á usted su juventud. En segundo, porque la causa de su proceder me es muy simpática. Y, finalmente, porque lo ha hecho usted con tantísimo salero, que no puede uno por menos de perdonarle á usted.

RUP. Pues... tantas gracias. (Aparte.) (¿Yo salero?)

SEVER. ¡Ea! Todo esto se acabó. Venga usted. (Haciendo avanzar á León y obligándole á abrazar al Padre Ruperto.) Así.

TODOS. ¿Qué?

SEVER. Fuerte, fuerte.

RUP. (Aparte á León, abrazado todavía á él.) ¿Usted sabe si el pobre coronel está loco?

LEON. (Aparte al Padre Ruperto.) Iba á hacerle á usted la misma pregunta.

SEVER. (Queriendo que Társila abrace al Padre Ruperto.) Basta. Ahora usted.

TARS. ¡Oh! Yo no.

RUP. (¡Pues no faltaba más!) (Aparte.)

CANUTO. (Aparte.) (¡A que está haciendo una plancha!)

SEVER. Bueno; ya se ablandará usted. Entre tanto, abrace usted á mi hija. (Pugnando por echar al Padre Ruperto en brazos de Luisa.)

TODOS. ¡Su hija!

RUP. Señor mío...

SEVER. (Aparte.) (Se me escapó.)

LUISA. ¡Papá!... ¡papá!...

VIRG. ¿Me explicará usted...?

SEVER. Pues bien... Toda ficción es ya inútil; pero, ¡ay si se atreve usted ni á un cabello de aquella desgraciada! Sí... Yo seduje á Rosa...

TODOS. ¿Rosa?

SEVER. La hermana de mi mujer...

ESCENA XVI

DICHOS y MARCELINA

MARC. (Saliendo de la primera puerta de la izquierda, habiendo oído la revelación de Severino.) ¿Cómo? ¿Tú?

SEVER. ¡Horror! ¡Marcelina!

MARC. ¡Monstruo!

SERV. Después reñiremos. Ahora, déjame que asegure la felicidad de Nenay, de mi hija...

TODOS. ¿Nenay?

SERV. Que está perdidamente enamorada de éste joven... (Por el Padre Ruperto.)

CANUTO. ¿Qué dice usted?

SERV. Y de quien es correspondida.

CANUTO. ¡Infames!

RUP. ¡Calumnia!

MARC. ¡Si es el Padre capellán!

SERV. ¡Quiá! No es capellán, es un punto...

CANUTO. ¡Urquijo... Urquijo... dos espadas!

MARC. Pero si aquello fué un capricho pasajero de niños.

CANUTO. ¡Ah! ¿De veras?

MARC. Ahora, este señor, es un digno sacerdote...

RUP. Consagrado exclusivamente á Dios, al cual voy á pedir que le devuelva á usted el juicio. (Hace una reverencia, y se va por la segunda puerta de la izquierda.)

MARC. Además, Nenay es casada.

SERV. ¿Casada?

CANUTO. Conmigo.

SERV. ¡Yerno de mi corazón! (Aparte) (¡Qué feo es!) (A Luisa.) Pues entonces, hija mía, si ya tienes un marido, ¿á qué te metes en...?

MARC. ¡Hombre, acaba de cometer disparates! Si esta joven no es Nenay...

LEON. (Aparte á Társila.) (¡Chica, qué berengenal!)

LUISA. Me llamo Luisa.

SERV. (A Canuto.) ¿Pues no dijo usted que era hija del señor coronel?

VIRG. Como que yo también soy Coronel.

SERV. ¿De carabineros?

VIRG. No, señor; de apellido. Y catedrático...

SERV. Sí... de aquello...

ESCENA XVII

DICHOS; NENAY, que sale por la primera puerta de la izquierda.

NENAY. ¡Cuánto conocido! (A León.) Ya podíamos esperarle á usted para firmar la escritura...
LEON. ¡Señora!...
MARC. Es inútil. Tu madre no puede venir.
NENAY. ¿Por qué?
MARC. Se lo impide un voto.
NENAY. ¡Ah! Canuto... y la joven desconocida... (Por Luisa.)
MARC. Repórtate, son inócentes.
NENAY. ¿Inocentes?
CANUTO. Sí, Nenay.
SEVER. ¡Cómo! ¡Nenay! ¿Esta? ¡Hija mía!... (Aparte abrazándola.) (¡Toda mi cara!...)
NENAY. ¿Usted es el tío Severino?
MARC. Sí; este es el tío. ¡Y ya verás qué tío!...
VIRG. (Aparte á Társila, León y Luisa que forman un corro.) Pues nosotros tampoco entendemos ni una palabra. (Suena dentro un toque de clarín.)
TODOS. ¿Eh?

ESCENA XVIII

DICHOS; FELIPE, por la segunda puerta de la izquierda.

TARS. ¿Qué es eso?
SEVER. El deber que me llama, pero volveré pronto.
FELIPE. (Saliendo y cuadrándose.) ¡Mi coronel, la instrucción!
LEON. ¡Felipe!
TARS. ¡Hijo del alma!
LUISA. ¡Mi novio!
SEVER. ¡Ah! ¡Ya pareció el cura! ¡Dos pasos al frente! (Felipe avanza.) ¡Baje usted esa mano! (A Luisa.) ¡Levante usted la suya! (Los une.) ¿Usted permite... (A Virgilio.) que yo sea padrino de la boda?
VIRG. ¡Hombre! Haga usted lo que quiera.

TODOS. ¡Ah!

LEON. ¡Viva el señor coronel!

VIRG. ¿Cuál?

TARS. ¡Eso no se pregunta! ¡El de cartel; usted no es más que un novillero!

SEVER. No se muevan ustedes de aquí hasta mi vuelta, y comeremos juntos; porque nadie ha debido probar bocado.

TODOS. (Bostezando.) ¡Nadie!

SEVER. ¡Adiós, amigos míos; hasta después, esposa amada! Nenay, asómate á la galería y me verás salir á la alta escuela. (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

MARC. Procura no salir por las orejas del caballo.

VIRG. (A Luisa.) ¿Estás satisfecha ya?

LUISA. ¡Soy muy feliz!

FELIPE. Y usted, madre, ¿me perdona?

TARS. Hubiera preferido verte obispo, pero me contentaré con ser abuela. (Suenan los clarines dentro, tocando marcha.)

NENAY. ¡Ah! El regimiento que sale. (Todos se diregen al foro para verle pasar.)

UNOS. ¡Qué marcialidad!

OTROS. ¡Hermoso ganado.

LEON. A mí se me van los pies. (Trotando.)

NENAY. Allí va el tío.

TODOS. ¡Adiós, adiós!...

CANUTO. ¡Coronel, que paren, que paren! (Dejan de tocar las cornetas.) Falta algo interesante.

SERV. ¿Qué es ello?

CANUTO. ¿Puedo invitar á alguien más?

SERV. A quien usted quiera.

CANUTO. (Al Público.)

Pues, está dicho. Contento
cumplo aquí el grato deber
de invitarles á comer
cuando vuelva el regimiento.
Para dicha tan cumplida,

corto es el plazo que media.
¿Ha gustado la Comedia?
Pues será una gran comida.

(Con los clarines al frente, que vuelven á sonar al terminar los últimos versos, y mandado por Severino y acompañado por el Ayudante Urquijo, que hacen caracolear á los caballos y saludan á los que están en escena, empieza á verse el desfile por el foro del regimiento de lanceros. Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE D. ENRIQUE GASPAR

Corregir al que yerra....	Comedia en un acto, original en verso.
El onceno no estorbar....	Id. en un acto, id. id.
La escala del matrimonio.	Id. en tres actos, id. id.
Candidito. (Tercera edición.)	Id. en un acto, id. id.
No lo quiero saber (2.ª ed)	Id. en un acto, id. id.
¡Pobres mujeres! (5.ª ed.)	Id. en un acto, id. id.
El piano parlante..........	Id. en tres actos, id. id.
El sueño de un soltero...	Id. en un acto, id. id.
Moneda corriente..........	Id. en tres actos, id. id.
Cuestion de forma.........	Id. en tres actos, id. id.
El jugador de manos.....	Comedia en tres actos arreglada del francés.
Las circunstancias.........	Id. en tres actos y en prosa, original.
La chismosa................	Id. en tres actos y en verso, original.
La levita. (Segunda edición)	Id. en tres actos, en prosa, original.
Don Ramón y el Señor Ramón.....................	Id. en tres actos, en prosa, original.
La Can-canomanía.........	Sátira en un acto.
Los niños grandes..........	Comedia en tres actos, en prosa, original.
El estómago.................	Comedia en tres actos, en prosa, original.
Atila.........................	Drama en tres actos, en verso, original.
El oso proscripto.........	Comedia en tres actos, en prosa, original.
La Nodriza..................	Comedia en dos actos, id. id.
Las sábanas del cura......	Boceto en un acto, id. id.
La resurrección de Lázaro	Juguete cómico en dos acto y en prosa.

ADMINISTRACION PÚBLICA... Boceto en tres actos y en verso.
PROBLEMA....................... Comedia en tres actos, en prosa.
AMOR Y ARTE................ Drama en tres actos, en prosa.
LA LENGUA. .... Comedia en tres actos en prosa.
LA GRAN COMEDIA.......... Comedia en tres actos y en prosa.
LAS LUCHADORAS........... Buñuelo en un acto y en prosa, arreglado del francés.
LOLA .... Comedia en tres actos y en prosa.
LAS PERSONAS DECENTES... Comedia original en tres actos y en prosa.
SERAFINA LA DEVOTA....... Comedia en cuatro actos y en prosa, arreglada del faancés.
LA ESTATUA ECUESTRE..... Boceto en un acto y en verso.
MAR Y CIELO................ Tragedia en tres actos, traducida del catalán.
EL HABA DE SAN IGNACIO. Comedia en tres actos y en prosa.
JUDIT DE WELP............. Tragedia en tres actos, traducida del catalán.
LA HUELGA DE HIJOS..... Comedia en tres actos y en prosa, original.
LA CASA DE BAÑOS......... Comedia en dos actos y en prosa, original.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.